

Ernesto Meccia

La carrera moral de Tommy. Un ensayo en torno a la transformación de la homosexualidad en categoría social y sus efectos en la subjetividad¹

El crimen de un exitoso profesional que vivía solo en su departamento de Barrio Norte

A finales de octubre de 2005, durante la mañana de un sábado, con las llaves que le había dado el propietario, el portero entró al departamento –sito en el Barrio Norte de la Ciudad de Buenos Aires- para continuar con unas tareas de reparación en la cocina. No las pudo continuar, ni ese día ni nunca más. Atado de pies y manos y con la cabeza recubierta con una bolsa de *nylon*, Tommy yacía muerto.

Tommy era gay, tenía 56 años. Era un exitoso profesional del campo jurídico y gozaba desde hacía bastante tiempo de una óptima situación económica. Gran humorista, inteligente e irónico, últimamente había sido dueño de una soberbia a menudo hiriente para los pocos amigos que le quedaban.

Al igual que el autor de este escrito, los amigos no se sorprendieron con la novedad. Estoy seguro que ellos hicieron como yo: imagino que de inmediato se pusieron a contabilizar los episodios anteriores de análogo tenor que vivió Tommy en su departamento. Y habrán llegado a los mismos resultados: en los últimos dos años de su vida, había sido cuatro veces víctima de la violencia social perpetrada por improvisados prostíbulos callejeros o electrónicos, antigua categoría social anexa a los circuitos de levante gay (en vías de extinción en lo que respecta a su carácter callejero) por la que mi amigo sentía tanta predilección y, en el último tiempo, tanta compulsión.

Tommy supo que tenía el VIH en 1990, año en que nos conocimos y en que se convirtió a la *new age* a través de una sobreviviente al cáncer que por entonces comenzó a publicar *best-sellers*. Estuvo enfermo en varias ocasiones, algunas de ellas muy prolongadas y con alarmante sintomatología. No obstante, siempre se negó a realizar tratamientos médicos convencionales. Frecuentaba el mundo de la homeopatía y de la medicina alternativa. Decía que allí siempre encontraba soluciones paliativas, entre ellas, beber su propia orina mientras ardía de fiebre, fundamentando su decisión a través de la evocación de cómo los componentes del mundo de la naturaleza se necesitan mutuamente para asegurar la reproducción vital. Recuerdo que una noche, resuelto a cocinar unas papas fritas, tomé de la heladera una jarra transparente repleta de un líquido amarillo oscuro. Al verme, Tommy sonrió y me dijo que el aceite estaba en la alacena y, luego, mientras las cocinaba, que tomar la propia orina para un enfermo de SIDA tenía la misma trascendente significación de las hojas que caen de los árboles para los árboles: las mismas, al quedar tendidas sobre el verde pasto serían utilizadas posteriormente por las raíces del mismo árbol de la que se desprendieron para transformarse en savia. En ese sentido, yo (lego y sumiso paciente médico potencial)

¹ Por lo que sigue, quiero expresar mi agradecimiento a Martín Boy, Ana Gutman, Marisa Iacobellis, Karina Kalpschtrej, Diana Maffia y Mario Pecheny.

tenía que modificar mi prenoción de “desecho” cuando me refería a cualquier organismo vivo porque todo se “recicla”.

Tommy era hijo único de una señora viuda que vive en la provincia de Buenos Aires y a quien visitaba ritualmente dos veces al mes. Con indisimulable orgullo, afirmaba que la señora sabía cuál era su elección sexual y que ello no obstaculizaba de ninguna manera la excelente relación que mantenían. Lo supo desde el momento en que encontró una carta de amor de un muchacho de Dolores en el bolsillo de un *jean* antes de introducirlo en el lavarropas en 1974. Tommy me contó que en ese momento –interpelado por la mamá– contestó afirmativamente, y sostenía que tamaño acto, por aquel entonces del todo infrecuente, seguía siendo infrecuente en la década del noventa cuando todo era más fácil. Hoy, sigo pensando en esa marcación que me repitió tantas veces: sospecho que representaba la necesidad de Tommy de establecer una suerte de distancia moral entre la experiencia homosexual según se vivía en su juventud y la experiencia gay que estaba viviendo yo, que recién me había mudado a Buenos Aires, por los años en que él entraba a la madurez. Si la homosexualidad posibilitaba la lectura épica de algunas biografías, creo que –desde su perspectiva– sólo la suya la ameritaba.

Tommy tenía un pene descomunal que le deparó los placeres más exquisitos, posesión a la que aludía siempre, aunque eufemísticamente, con excepción de los últimos tiempos en que nos vimos, cuando ya había pasado los 50 años. Tenía una confianza ciega en los réditos eternos del colgajo porque eterna –decía– era la concupiscencia de los amantes pasivos con absoluta independencia de cualquier otra variable, entre ellas, la edad del penetrador. Pero su confianza iba aún más lejos: estaba convencido de que el tamaño podía determinar localmente un encuentro sexual con absoluta independencia de la sexualidad del ocasional *partenaire*. Por eso, no era descabellado embarcarse en la extenuante tarea de persuadir para tener sexo sin pagar a quienes querían hacer lo contrario. Así –plenamente confiado y expectante– lo recuerdo mientras mirábamos alguna película antes de ir a una discoteca de la que generalmente regresaba solo, y también recuerdo mis pasos cansinos caminando a su lado por la ciudad dormida –a pedido suyo y a pesar mío– más de tres cuadras detrás de un muchacho de estrato socioeconómico bajo que no tenía apariencia gay, cuya mirada se había cruzado accidentalmente con la suya.

Sin dudas, me resultará difícil y extraño escribir este artículo que pretende ser un *requiem* para un amigo y su época. Si bien tendrá un trasfondo sociológico, no quiero atiborrarlo de conceptos ni enmarcarlo en alguna teoría referida a la diversidad sexual. Estoy persuadido de que varios aspectos de la biografía de Tommy son en más de un sentido arquetípicos y que su reconstrucción nos permitirá hipotetizar sobre la formidable conmoción que está produciendo en el yo de las personas gays maduras la anhelada transición de la era de la discriminación generalizada a la era del reconocimiento social de la homosexualidad en los grandes centros urbanos. En consecuencia, el lector tendrá ante sí un artículo de paradojas. Mi única brújula conceptual será la clásica noción de “carrera moral” de Erving Goffman (1961) de la que haré un uso relativamente libre. A lo largo de estas páginas, entenderé que podremos referirnos a una “carrera moral” cuando, a propósito de algunas características distintivas, un amplio número de personas quedan expuestas a las consecuencias heterogéneas de un conjunto de cambios sociales “que impactan en el yo y en el sistema de imágenes con que se juzgan a sí mismas y a los demás” (Goffman, 1961: 133). También considero que su uso es pertinente porque permite tener presente en todo momento la relación individuo-sociedad.

La carrera moral de Tommy

1. Sufrimiento, epicidad y profecía ejemplar

Tommy parecía un sociólogo. Tenía una enorme aptitud para identificar rasgos diferenciales entre cosas del más diverso tipo para embarcarse en el armado de comparaciones sugerentes que expresaba en formato de hipótesis difícilmente cuestionables. Yo lo escuchaba embelesado, sintiéndome poco menos que un discípulo, en el marco de interminables conversaciones, a medida que comparaba la cotidianidad de los gays en la década del setenta y del noventa.

Biógrafo obsesivo de sí mismo, relataba con el tono de quien ha cumplido con un deber ser -a pesar de todo y de todos- su tránsito de la ciudad natal del sur del Gran Buenos Aires a la Capital Federal, sus años de pensionista sin dinero mientras realizaba la carrera universitaria, sus trabajos de creciente responsabilidad una vez diplomado y luego la compra de su primer departamento. El relato de cada una de estas circunstancias biográficas implicaba un comentario extra que se relacionaba con su condición sexual, una sombra que lo acompañaba a todas partes ya que Tommy si bien no la declaraba abiertamente tampoco hacía nada para ocultarla. En esos momentos empezaba a vociferar comparaciones entre diferentes generaciones de gays pero se encargaba de hacer las comparaciones tan contrastantes que se volvían prácticamente imposibles.

En concreto: nada podía compararse con él y con su época. De esta manera, presentaba relatos en los que se empeñaba en resaltar la singularidad de sus experiencias reactivas a la opresión, fruto de decisiones que tomaba concientemente, a pesar de que las mismas, o bien podían terminar en fracasos, o bien, en caso de ser productivas, llevarlo más allá de la proscripción social. Osado como pocos y aún sin saber si sus estudiados gestos de resistencia podían llegar a un buen final, Tommy caminaba a tientas por la oscuridad, haciendo uso de su inteligente sentido del tacto para avanzar desafiante por los senderos del mundo que la discriminación había creado para los gays. Así, me recordaba con indisimulable nostalgia cómo, por los años de su juventud, pedía a sus amantes que pasaran a buscarlo por la puerta de su trabajo, o que se presentasen directamente en su misma oficina, y hasta se atrevía a cuestionar las órdenes dadas por el supervisor de esa dependencia de los Tribunales de la Nación, un hombre homofóbico sabedor de que Tommy era gay y a quien lo unía una pésima relación, hecho que parecía obedecer al provocador control de la información sobre sí mismo que hacía Tommy, que llevaba a que nadie pudiera dudar que era gay pero no por lo que decía explícitamente, sino por el halo que hacía emanar de las irreverentes acciones que recién describimos.

Este *modus operandi* para la revelación inequívoca y al mismo tiempo ambigua de su personalidad lo repetía ante otros personajes, entre ellos, el portero del primer departamento que compró, y muchos de sus vecinos, a quienes dejaba en condiciones de reconstruir con estupor incesantes desfiles de amantes. Recuerdo cómo Tommy se regodeaba con estos recuerdos de la década del ochenta al realizar una panorámica de la vida gay en los noventa; parecía un general en la madurez ejercitando su memoria recordando la gesta de un desembarco en un territorio de configuración topográfica adversa en el cual, no obstante, pudo moverse con maestría; territorio que en la década del noventa ya habría sido legado, definitivamente conquistado, a la población civil.

Era inútil sugerirle que la conquista seguía o que seguían existiendo personajes similares a él. Las comparaciones que les presentaban sus interlocutores, de no ser gravemente

contrastantes con las situaciones vividas en su juventud, las rechazaba de inmediato, como si en ese instante, por obra de un golpe de electricidad emanado de su cerebro, los brazos se le desprendieran súbitamente de los hombros para señalar horizontal y entrecruzadamente con las palmas de las manos todas abiertas que aquello era probable pero que la vida gay ya no era lo mismo. Provocador neto había sido sólo él, sus sucesores, en todo caso, habrían copiado las recetas.

Cuando el VIH aterrizó en su vida, lejos de atemperarse, su ánimo experimental y provocador se incrementó. En esas circunstancias de pánico medieval creadas por la medicina y la religión y de relaciones verticalistas entre médicos consejeros y pacientes desesperados, también Tommy avanzó a tientas y con valentía en el medio de la oscuridad. Realmente, la negativa a hundirse en tratamientos médicos convencionales y –entre otras- la decisión de beber la propia orina (que cualquier manual de educación secundaria le habría enseñado como causal de intoxicación orgánica), eran posturas de resistencia que el tiempo volvió infrecuentes aún cuando el SIDA seguía sembrando la muerte y habían aparecido los primeros medicamentos alopáticos. Tommy opuso un improvisado saber experiencial al saber tradicional de los médicos, saber que –desde su perspectiva- lo catapultaba definitivamente a la heroicidad solitaria. Según me contó (y me ratificaron otras personas) fue el único integrante del grupo *new age* que frecuentaba que adoptó esta actitud. El resto (muchos de ellos muertos con posterioridad) se entregaron de inmediato a la medicina alopática.

Era un hombre protector, autoritario y cariñoso; un amante ideal para una persona que se sintiera desamparada a causa de su condición sexual. Pienso que su adicción por las comparaciones tenía una finalidad que excedía la posibilidad de poner claros sobre oscuros a lo largo del tiempo. No puedo negarlo: a Tommy le gustaba sentirse un vademécum hecho persona poniendo a disposición su capital experiencial para dar consejos a cualquiera con el fin de que tenga entereza a la hora de enfrentar situaciones adversas, una extraña clase de felicidad que la discriminación otorga a algunos discriminados.

Como gay, una primera etapa en la que el yo se interpreta desde una clave épica como reacción solitaria ante el sufrimiento objetivo provocado por la discriminación, caracteriza la carrera moral de Tommy. A su vez, la clave épica le permite a nuestro sujeto autoperibirse como una suerte de profeta ejemplar, esto es, un profeta que no tiene mandatos éticos ni reclama observancias, sino que ofrece a los demás un *stock* de instrucciones técnicas para saber cómo moverse en un entorno hostil plagado de dedos índices de activación inminente. En efecto, el profeta ejemplar no tiene doctrina; lo que ofrece a sus seguidores son, a secas, las enseñanzas que extrae del campo puro e inmediato de las experiencias cotidianas, y que podríamos resumir con el eslogan: “ey, tú que eres gay y no te sientes bien, prueba de hacer lo que yo hice solo porque a mí me fue bien”, entendiendo que la imagen de la soledad aludida es la condición *sine qua non* para la habilitación de la lectura épica de la vida.

Pero Tommy no se sostenía sólo con esa imagen, el profeta -por definición- necesita un séquito ante el cual demostrar su eficiencia; para nuestro caso, un público siempre potencial (igual y distinto a él), con presuntas características comunes, sujeto a los mismos avatares existenciales y, por eso, ávido de escuchar los relatos de sus osadías. Cabría recordar que corrían los tiempos de la hoy extinta “colectividad gay” de mediados de la década del ochenta y el primer lustro de los noventa, concepto que según la tradición sociológica designa a un conjunto de individuos que, aún en ausencia de

interacciones prestablecidas y contactos próximos, experimentan cierto sentimiento de solidaridad derivado de compartir un cúmulo de experiencias similares.

Tommy sabía que tenía un público cautivo. Vale la pena consignar que ese conjunto de personas, desde la restauración democrática de 1983, había comenzado a caminar con creciente libertad por las calles y a hacer uso de bares que cualquier transeúnte podía reconocer a plena luz del día o por las noches, en los que seguramente se contaban las penurias vividas en la era de las detenciones policiales sistemáticas. Miles de vidas cortadas por la misma tijera, insumo indiscutible para la constitución de un colectivo social, aunque el mismo fuera de duración efímera.

En términos físicos, Tommy estuvo cerca de la colectividad. No me parece casual que haya comprado su primer departamento a escasas cuadras del lugar en que la misma se hacía visible y morfológica por las noches: la avenida Santa Fe en su tramo del Barrio Norte de la ciudad de Buenos Aires. En esa atmósfera urbana, deliciosamente perversa, en la que todo era visible para los entendidos, Tommy se sentía como pez en el agua; capaz de explicar la hipercodificación de ese pequeño cosmos a todo quien se lo solicitase, en especial a los muchachitos muy jóvenes, por quienes ya sentía predilección.

Como conclusión, notemos que la constitución, la afirmación y la estabilidad del yo de Tommy –y aquí no existe contradicción alguna sino la fuerza implacable de ciertos mecanismos sociales- dependieron en aquel entonces, de la reproducción de la discriminación a su yo y a su colectividad. Su preciada ejemplaridad fue la resultante de una suma de actos “en contra de”. Si para la mayoría de los sujetos la unidad de sí mismo se produce cuando las propias imágenes de sí y las de los otros coinciden en armonía, resulta una hipótesis sociológica básica que no es dable esperar lo mismo en el caso de las personas estigmatizadas. Para muchas de ellas, su misma conciencia del ser no es sino la experiencia de las evaluaciones que les han hecho los otros y que los inducen a adoptar ciertas imágenes y evaluaciones de sí mismos (por lo general devaluadoras) tenidas como propias. Con una clarividencia espontánea, Tommy estuvo desde el principio conciente de esta tentativa de colonización del alma y optó por anular del plural universo de las expectativas, las expectativas que la sociedad mayor depositaba sobre él, osada operación celebratoria de su condición de díscolo sexual. A partir de entonces y para todos los casos, las expectativas de rol genuinas de Tommy quedarían circunscriptas al mundo gay.

Pero la profecía ejemplar pronto tocaría el final. Recuerdo que una noche comiendo pizza en la vereda de un restaurante sito en la ex avenida de la extinta colectividad, Tommy, a esa altura muy empapado por los razonamientos de filiación *new age*, me confesó con el mismo tono marcial de siempre que la sensibilidad que él tenía no habría existido de no haber sido gay y de no convivir con el VIH. De inmediato, quien escribe, asimismo extrañamente subyugado por su propia condición de víctima social, asintió estúpidamente, bajando y subiendo la cabeza, levantando las cejas y abriendo los ojos hasta el límite, como para dar más veracidad a ese dislate de reminiscencias teleológicas queapestaba el aire: la discriminación y el sufrimiento como estado de gracia social del que podían disfrutar unos pocos seres humanos que pasaban a integrar una estirpe fantástica. En efecto, Tommy estaba entrando en una nueva etapa de su carrera moral, la etapa de la hidalguía social y la profecía ética, desde mi punto de vista, la más perfecta desde el punto de vista de la discriminación.

2. Discriminación, hidalguía y profecía ética

Tommy fue uno de los tantos tipos de hijos sociales que supo crear la discriminación generalizada hacia los gays. Si -por un lado- masivamente, existían las figuras del gay “tapado” o del gay paranoico, ambos inundados por una angustia paralizante a la hora de enfrentar las relaciones con el mundo social, por otro existía esa figura solitaria de la que Tommy comenzó a ser una encarnación: la del hidalgo de la discriminación, es decir, la de un sujeto que lejos de renegar de los accidentes biográficos que le produjo la discriminación, los utiliza para crear una imagen de sí directamente ligada a ellos aunque al mismo tiempo triunfal y superadora de todos ellos. Si abrirse a los codos un camino para la buena vida era la única estrategia de sobrevivencia digna, el hidalgo de la discriminación creía que de esa necesidad emanaban necesariamente virtudes que deberían reconocerle los demás.

A medida que transcurría el tiempo, Tommy remarcaba tanto su aptitud para trascender la opresión como la carencia que la mayoría de sus pares tenía de la misma. De aquí que me interese resaltar la noción de la hidalguía para separar la figura de Tommy de las otras que mencioné.

El mantenimiento de esta imagen tuvo consecuencias que merecen resaltarse. Para esta clase de sujetos, la ley de la gravedad social pareciera regir sólo a partir del auto-ungimiento en hidalgo, no pudiendo concebir su yo “positivamente” ante la inexistencia de la condena social; asimismo, el auto-ungimiento los posicionaría en un presunto estado de superioridad moral en relación a los demás que no serían como ellos ya que gravitarían gracias a la condena pero “negativamente”. Y por último, lo más importante: no me parece descabellado proponer que la figura del hidalgo es subsidiaria del renovado entendimiento de que el sufrimiento constituye una escuela de la que egresan victoriosos campeones morales.

De aquí a la ansiosa expectativa de que los otros dispensen al campeón algún gesto de reconocimiento y gratitud por los servicios prestados (porque reaccionar en solitario ante la opresión daría en el futuro beneficios colectivos), existe sólo un paso. Pensemos por un momento en todas las piezas que deben moverse en el inconmensurable engranaje social para que un personaje como Tommy mantenga el equilibrio emocional.

Compartimos muchas vacaciones, mayormente, escapadas a la ciudad balnearia de Mar del Plata, (recordado punto de levante durante el verano) o en apretados recesos laborales el resto del año. Hasta hace aproximadamente tres años, la Playa Chica era el sitio preferido por los gays. En realidad, no existe tal playa: el lugar es un pintoresco peñasco poblado con rocas caprichosamente distribuidas entre las que, entre otros menesteres, se podía tomar sol. La frecuentamos en la década del noventa. Llegábamos pasado el mediodía.

Tengo la sensación de que caminaba al lado de un arquitecto o de un ingeniero civil que realizaba una visita disciplinaria al lugar para interiorzarse de la marcha de las obras (de sus obras), y de quien yo sólo podía aspirar, en el mejor de los casos, a ser su asistente. Para colmo, las particularidades físicas del lugar fijan aún más mi sensación: los concurrentes que ya estaban instalados podían divisarse desde un sendero que existe arriba, tarea a la que se entregaban los recién llegados, improvisando viseras con las manos, con el fin de realizar un diagnóstico sobre cuál era el mejor lugar para tenderse. El mundo chico de la Playa Chica quedaba abajo, más morfológico y visible que nunca. Pero pienso que Tommy no improvisaba la visera para realizar un diagnóstico, o que si lo hacía era con otro fin: el de corroborar la paulatina concreción de un plácido cosmos que -estaba convencido- lo había tenido a él como ideólogo y hacedor principalísimo,

como si desde las alturas pudiese recorrer a medida que giraba altivamente el cuello el mundo que había salido de sus manos.

Todos los años me recordaba que en la década del ochenta, recién reinaugurada la democracia, la policía lo había llevado detenido desde allí hasta una comisaría porque realizaba nudismo. No le era menester levantar el tono de voz para recordarlo ni cargar el relato con elementos dramáticos, pero lo hacía de un modo que dejaba claro que episodios similares ya se parecían a fotogramas de alguna vieja película en blanco y negro, y que las personas que veía tendidas ahí abajo sobre las rocas podían tenderse más tranquilamente todavía, como si sus pretéritos arbitrios épicos las hubieran liberado de esa y otras amenazas en ciernes.

Había que verlo llegar a la playa: bello y esbelto a sus cuarenta y pico de años, con sus bigotes tan de moda, usando un insinuante *slip* de competición y sonriendo con una inolvidable mueca de tierna superioridad festiva a diestra y siniestra a cuanto joven gay se le cruzara por delante en los senderos, a pesar de que tantísimas veces las miradas parecían no registrarlo. Si era así, él se concentraba para encontrarlas con una perseverancia única. No era infrecuente que Tommy se detuviese en el camino, veinte metros antes, clavando la mirada en los ojos de un joven que se acercaba, esperando el instante volcánico del cruce o que, de no torcer su indiferencia, lo siguiera hasta el final, aunque sea para sacarle una sonrisa –como me decía sonriendo después “¿No te cansás, Tommy?” le preguntaba absorto, “¿De qué?” me retrucaba, desafiante, con fingida cara de nada.

Estoy convencido de que Tommy esperaba de esos jóvenes algo así como un gesto de reverencia: estaba tan compenetrado con su imagen de hacedor gay del mundo gay que entendía que si un miembro de la colectividad estaba cerca suyo, debería estar dispuesto a modificar su displicencia entrando en franco trato con él por el sólo hecho de percibir que tanto el uno como el otro pertenecían al mismo grupo (o “eran del palo”, como se decía), algo que seguramente había aprendido cuando él era joven, en los años del ostracismo. En la década del noventa, ese tácito carácter *frátrico* de las relaciones sociales homosexuales seguía vigente para regocijo de Tommy y de muchos de nosotros. Sus diagnósticos y esperanzas relacionales no se reducían a las estancias en la Playa Chica, se repetían al caminar durante los años noventa por las calles del semi-gueto gay de la Ciudad de Buenos Aires o yendo a una discoteca.

Por otra parte –o mejor, concomitantemente- la imagen de integridad que proyectaba lo comprometía a más y más diagnósticos y predicciones que excedían la evolución cotidiana del mundo gay. Un tiempo después de su conversión a la *new age*, luego de enterarse que tenía el VIH esta actitud se agudizó al infinito, hasta convertirse en una manía, y comenzó a experimentar una metamorfosis pedagógica difícil de soportar para varios de sus amigos: había pasado de ser aquel consejero práctico en temas de vida cotidiana y sexualidad a ser –literalmente- un evangelizador respecto a todos los temas que pueda imaginar el lector, desde la dosificación calórica de las dietas hasta el acompasamiento de la respiración, desde los mejores discos de Mina hasta la lectura correcta de Proust (“¿no lo leíste?”, me preguntaba), o desde la ciudad más hermosa del mundo para visitar hasta la revista de actualidad política más seria. Es más, comenzó a realizar interpretaciones macroscópicas de la sociedad, la clase política, los regímenes de gobierno, la familia, los vínculos de pareja, y miles de etcéteras; todas sesgadas por su teoría gay de la construcción de la realidad, la cual, además, le posibilitaba desplegar su nueva afición por las imputaciones morales.

Con respecto a los vínculos de pareja, una vez afirmó delante de una de ellas que él era libre de ir solo e inopinadamente a Río de Janeiro cuantas veces quisiera y que era obvio que allí iba a buscar sexo. Afirmaba que ante su transparente declaración, el muchacho no debería más que agradecer y ante sus tristes escenas de celos, respondía que pronto se le pasarían las ensoñaciones románticas porque, en realidad, eran producto de discursos que estaban de moda en aquella actualidad. Siempre tengo presente cómo sonreía al decirle “Ya te vas a dar cuenta, nene”: para Tommy, la “vida gay” existía como un todo diferenciado que esos discursos románticos no representaban bien y “nene” era la imputación moral más diminuta que se podía destinar con indulgencia a alguien, porque estaba destinada a un ser que aún no sabía nada de lo que le esperaba por el solo hecho de “ser gay” con sus vínculos de pareja. Con respecto a los regímenes políticos, una noche, en el marco de una cena, no sé de dónde sacó energía para encarar a la audiencia (toda gay, con excepción de su amiga de toda la vida), para convencernos de que el escritor Reynaldo Arenas, si bien fue mártir del régimen cubano, no había puesto mucho de sí para comprender la naturaleza profundamente humanista del mismo, y que más valdría que tengamos cuidado de no caer en confusiones porque “el único enemigo de los gays es el imperialismo”, y que si en los albores del nuevo milenio había dejado de perseguirnos era porque sus empresas habían advertido que nos poníamos todo el salario sobre el cuerpo, comprándonos buena ropa, yendo a los gimnasios o realizando costosos tratamientos. El remate corroborativo de estas hipótesis era la remarcación del carácter “frívolo” de la nueva generación gay formada por esos jóvenes de gimnasios que -valga la paradoja- tanto lo derretían. Era evidente que a esa altura, sin saberlo, Tommy se había convertido en un militante que hablaba desde una firme plataforma imaginaria de incontables centímetros de espesor.

Llegados a este punto, quisiera resaltar los atributos de esta segunda etapa de nuestra carrera moral. En principio, cabe puntualizar que constituye una profundización de la primera. Luego de cubrir su sufrimiento con un manto de epicidad –etapa clave para la constitución, la afirmación y la relativa estabilidad del yo- vendría el segundo momento de la hidalguía social, que implicó, en términos identitarios, la madurez, la expansión y el asentamiento de ese yo, y en términos psicológicos, la producción de un sinnúmero de racionalizaciones.

Como complemento, también sobrevendría una visión de las cosas tributaria de una teoría gay de explicación del mundo, no exenta de un alto sentido normativo que reclamaba grados importantes de observancia. A partir de ese momento –desde la perspectiva de Tommy- la forma en que todos ponderaban la propia vida, el mundo y sus contornos debía responder a un sentido determinado, unitario y sistemático –como para los profetas éticos, que anuncian una doctrina para que un mundo corrompido y alienado arregle sus conductas. Cabe notar aquí que aquel consejero práctico, que extraía su autoridad del campo estricto de la experiencia, se había convertido casi en un moralista (a menudo malhumorado) cuyas enseñanzas no se referenciaban necesariamente en ella, como si los dichos de nuestro sujeto se remitiesen sólo a seguir alimentando aquella lega teoría gay del mundo, que, a su vez, era el combustible de su estabilidad emocional.

Esta segunda etapa se caracteriza por una fuerte sobreadaptación de nuestro sujeto a la imagen de sí mismo forjada mientras resistía a la discriminación. Un gran problema para el que Tommy no encontró solución porque no llegó a considerarlo –justamente- como un “problema”. Si con anterioridad había anulado saludablemente cualquier expectativa que la sociedad mayor pudo depositar sobre él (en el sentido de que nada esperaba de ella y, a su vez, ella nada tenía que esperar de él), ahora comenzaba aplicar el mismo

ideologema al mundo gay de nueva generación, anulando por poco valiosas las nuevas expectativas que otros gays tenían sobre el mundo y la vida, expectativas herederas de las profundas transformaciones que la colectividad ya estaba experimentando por entonces al comenzar a atemperarse la discriminación en el marco de un proceso social de transparentación de la cuestión gay.

Como último comentario, consignemos que existe algo pavoroso en esta sobreadaptación. En los hechos, un sujeto discriminado devenido en hidalgo y profeta ético, no tolera las coyunturas, no puede vivir sin la discriminación: si ésta llegara a atemperarse o desaparecer, a la criatura le habrían usurpado esa identidad que le costó tanto construir y que tantas personas le festejaron. Si llegaran a darse esas condiciones, el yo se derrumbaría. Quisiera reflexionar sobre este importante tema en la descripción de la tercera y última etapa de la carrera moral.

3. El profeta sin tierra firme: reconocimiento social y orfandad

Al comenzar el nuevo milenio, en Buenos Aires, la superficie de la plataforma desde la que Tommy observaba el mundo comenzó a agrietarse, hasta producirse un conjunto de orificios que comprometían la forma en que venía gravitando socialmente. Si mantenemos la metáfora topográfica, podemos decir que aquel compacto e insular mundo gay de la década del noventa se asemejaba cada vez más a un archipiélago que hacía imposible la reconstrucción de su unidad pretérita, como si ese territorio hubiera sido atravesado por tormentosas corrientes acuáticas que no habrían de retirarse. Para retomar la veta sociológica, diremos que la homosexualidad en tanto “colectividad social” se estaba extinguiendo y, en su lugar, comenzaba a aparecer la homosexualidad reducida a “categoría social”.

En las ciencias sociales, se designan como categorías sociales aquellos agregados de individuos que tienen ciertas características comunes (la edad, el sexo, las pautas de consumo o la condición profesional o laboral) con relativa independencia de las interacciones y que no están necesariamente orientadas por normas, valores compartidos o sentimientos anclados de solidaridad.

En el inicio del nuevo milenio el mundo gay presentaba un estado de cosas agudamente trastocado: por un lado, las organizaciones gays cosechaban cada vez más éxitos en el campo de lucha político-estatal y lograban persuadir a importantes porciones de la sociedad sobre los efectos nocivos de la discriminación; por otro, aquel mundo gay visible por las noches en el tramo de la avenida Santa Fe del Barrio Norte de la ciudad fue diezmado por una infinidad de emprendimientos empresarios que llevaron a que los gays circularan menos por las calles y que acudieran más a lugares cerrados esparcidos por la ciudad entera; asimismo, la astucia empresarial se preocupó por proveer a esos locales de contornos tan precisos como para lograr deshacer el presunto carácter monolítico de las clientelas que acudían a los pocos lugares disponibles desde la segunda mitad de la década del ochenta, inaugurando una lógica de distinciones basadas con frecuencia en causales de pertenencia socio-económica; y por último, los medios masivos de comunicación -en especial, la televisión- adoptaron a la homosexualidad masculina como tema fetiche para toda clase de emisiones, desde las telenovelas hasta los programas de opinión política, llegando a momentos de real saturación que, sin embargo, tuvieron como efecto la metabolización y la reducción de la extrañeza de la cuestión gay en los grandes centros metropolitanos.

Tal vez, el corolario más impresionante de las circunstancias aludidas fue -en términos comparativos- el declinio de la hipercodificación del mundo homosexual y de la figura

del homosexual. Efectivamente, allí donde antes cabía encontrar un auténtico mundo concentrado en unas pocas manzanas a la redonda, después correspondió encontrar apenas uno de los tantos mundos de sociabilidad posibles, y no es de poca trascendencia aclarar que esos nuevos espacios obedecían a una lógica relacional que comenzaba a no eludir los contactos mixtos, entre gays y no gays. Allí donde antes se podían predecir matemáticamente las penurias cotidianas que sufriría una persona gay, el escaso tiempo transcurrido bastaría para demostrar, que en el nuevo milenio, la consumación de muchas de ellas entraban en un orden de probabilidad medianamente implacable. Por último, allí donde antes eran predecibles problemas relacionales con los heterosexuales (en los ámbitos laborales o en el vecindario), en la actualidad, son esperables situaciones de ambigüedad o de mediano reconocimiento.

Quisiera dar a entender con la suma de estos claroscuros la idea de la “des-hipercodificación” del mundo gay: si la sociedad mayor no ataca como antes, si sus veredas ya no son el equivalente de un campo minado y si muchos de sus integrantes no entran en pánico ante la presencia homosexual, entonces los infalibles sistemas de “santos y señas” ya no son necesarios, o, dicho puntualmente para los fines de este escrito: serían todas las experiencias y todo el saber de Tommy lo que esas circunstancias volverían innecesarias como punto de referencia.

La hipercodificación de las relaciones sociales homosexuales fue el correlato necesario de la experiencia de la clandestinidad. En sentido estricto, el recetario práctico de Tommy –eso que denominamos su “capital experiencial”- estaba conformado por asertos que su experiencia había validado para moverse con cero grado de riesgo dentro del mundo de la clandestinidad, asertos del tipo: “si quieres ligarte con tal clase de personas, anda por allí, no por allá” o “si quieres evitar tal o cual problema en el trabajo, más te vale hacer ‘a’ que ‘b’”, en suma: “haz ésto, no aquello... yo sé porque te lo digo”. Pero, además, tendríamos que hacer una aclaración: para Tommy (y probablemente para muchos gays de su generación) la experiencia de la clandestinidad y la opresión corrió paralela a la experiencia de la fraternización, y ambas experiencias operaron como insumos para esa especie de profecía ética de los oprimidos sexuales que describimos en la etapa anterior de la carrera moral.

Quisiera proponer ahora que la era del reconocimiento social de la homosexualidad (y no entraré aquí a “medir” el grado ni la calidad de ese reconocimiento) privó de verosimilitud a los asertos de Tommy (que estaban anclados en experiencias que mayormente ya no tenían lugar) y –a su vez- que esta anhelada era del revés (para los gays de nueva generación) volvía innecesaria una ética existencial de resistencia como la suya... demasiada privación para un sujeto que había construido su yo en sentido inverso y en otro contexto. En 2001, Tommy compró un nuevo departamento aún más cerca (exactamente a dos cuadras) de la avenida de la colectividad, pero la misma ya no era tan visible y se estaba extinguiendo. Ya había pasado los cincuenta años de edad. Caminar por las noches durante la semana prácticamente no la diferenciaba de cualquier otro lugar y durante los fines de semana era innegable que podían encontrarse infinidad de gays, pero la mayoría con una apariencia que a Tommy no le agradaba. En efecto, los más jóvenes parecían esparcirse por la ciudad en otros imanes libidinales y los gays más grandes parecían concentrarse en las pocas cuadras de siempre. Pero si Tommy se acercaba a alguno de esos nuevos puntos, tampoco experimentaba buenas sensaciones, no sólo porque generalmente regresaba solo a su casa, sino también porque le desagradaba la mixtura humana del lugar que hacía que gays y no gays, o que gays, no gays y travestis estuvieran juntos. Estoy seguro que Tommy tenía las mismas sensaciones

cuando llegábamos a la Playa Chica en los últimos años. La playa había pasado de ser el punto de levante obligado en los ochenta y los noventa a ser solo una opción porque –al igual que en Buenos Aires– aparecieron otras posibilidades, porque la inteligencia empresarial había habilitado otros lugares, o por el hecho de que tantos gays prefirieran otro lugar cualquiera para vacacionar, no caracterizado necesariamente por marcadores gays.

“¿Dónde se habrán metido?”, me preguntaba refiriéndose a los gays, al ver algunos lugares de siempre desiertos, pero también al ver los otros lugares (los de siempre o los nuevos) repletos de personas gays distintas a las que él imaginaba encontrar.

El malestar de Tommy crecía irrefrenablemente, a un punto tal que comenzó a no frecuentar más esos lugares. Comenzó a entregarse compulsivamente al nuevo mundo de los *chats* y los contactos telefónicos para conseguir jóvenes que citaba en su nuevo departamento. Era en vano sugerirle que los citara en un hotel alojamiento; si alguien lo hacía respondía con voz estridente que la suya era una vida de intensidades que no iba a dejar a un lado. Y si se le sugería que el antiguo mundo de la prostitución callejera anexo a la homosexualidad se había mudado a los espacios electrónicos para fijar sus centrales de operaciones y que ello representaba un peligro, Tommy redoblaba su apuesta diciendo que podía controlar todas las variables y que su poder de seducción (en el que incluía obsesivamente el tamaño de su pene) podía determinar localmente encuentros sexuales exentos de peligros.

La brújula de Tommy se había roto.

Entre 2003 y 2005 fue atacado cuatro veces en su departamento. En uno de nuestros últimos encuentros me relató la anteúltima vez (que implicó una terrible golpiza y una cirugía reconstitutiva en la zona de una de las cejas): había conseguido un muchachito en la avenida Santa Fe, el cual una vez en el departamento recibió un llamado en su celular y le dijo al dueño de casa que era un amigo que quería unirse sexualmente a ellos en ese momento. Tommy no dudó en decir que sí. Una ex pareja me contó los pormenores de otro de los episodios: salido de una línea telefónica, el amante convidó a Tommy con un trago que había preparado mientras éste permanecía en la cama, luego del encuentro de los cuerpos. Tommy despertó al día siguiente, y descubrió que le habían robado su sofisticado equipo de sonido y las costosísimas colecciones de compactos que posteriormente recuperó intacta –pagando una fortuna– al encontrarla de casualidad a la venta en un puesto de ventas callejero de la ciudad de Buenos Aires. “¿Vos nunca te fijás quién te da de comer? ¿Por qué te llevás cualquier cosa a la boca?”, me contó que le dijo la ex pareja.

No quiero seguir con el relato. Es momento de finalizarlo y presentar la caracterización de la última etapa de la carrera moral, caracterización que debería aportar algo para entender cómo un sujeto que fue experto en la reducción cotidiana del riesgo, se colocó en el podio de la vulnerabilidad más extrema.

Al principio, habíamos dicho que la noción de “carrera moral” nos interesaba porque nos permitía analizar el sistema de imágenes con que el yo se juzga a sí mismo y a los demás, y porque podíamos estar atentos en todo momento a la relación individuo-sociedad.

En la primera etapa nuestro sujeto construyó y afirmó su yo en clave épica como fruto de su ánimo experimental reactivo a la opresión; posteriormente (como afirmamos para la segunda etapa) su yo se asentó, se expandió y se sobreadaptó a esa promovida imagen de resistencia. En ambas operaciones tuvieron un papel fundamental tanto las experiencias biográficas de Tommy como la de los otros; justamente si Tommy lograba ascendiente

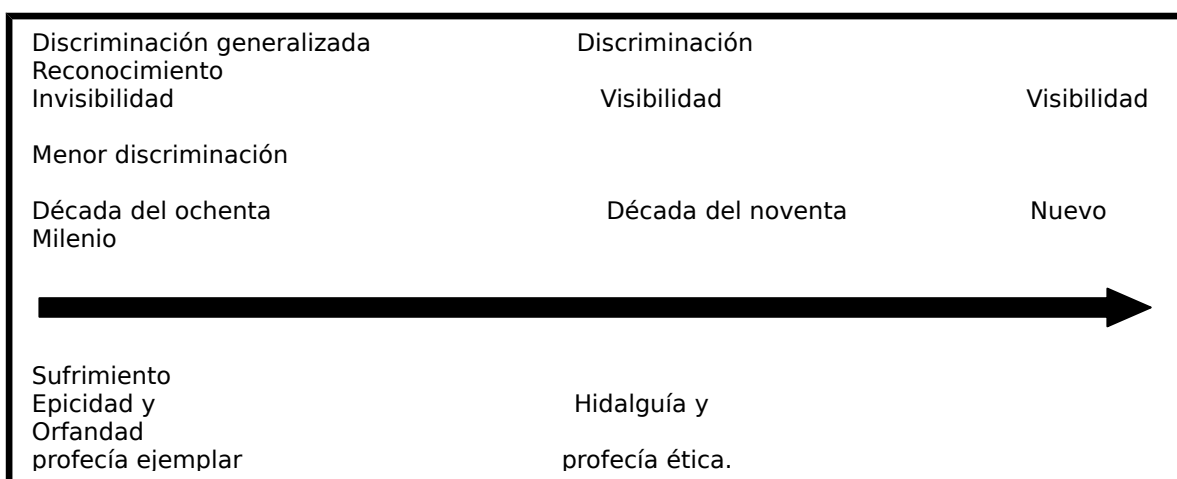
sobre el público era porque ambos venían de un mismo mundo experiencial, lo que lo diferenciaba era su demostrada capacidad (que le gustaba tanto transmitir) para vivir relajado en aquel mundo contracturante. Existió aquí una lógica especular que no nada tuvo de complicada porque todos podían ver en los otros y en sí mismos cosas en gran medida similares. No importa aquí si presuntas o reales, lo que vale señalar es que un contexto de discriminación instala una lógica cognitiva de adscripciones y de atributos bastante fijos que permite el conocimiento y el reconocimiento entre los sujetos. Así Tommy construyó la identidad de su yo, percibiendo cada uno de los componentes de su entorno en clave adscriptiva o tipificada, como dirían los fenomenólogos.

Pero cuando ese entorno cambió, Tommy comenzó a sentirse un hombre sin historia o – lo que sería similar para explicar la desestabilización emocional de su persona- que su historia no le interesaba a los hombres.

Lamento no tener conocimientos para explicar por qué una vez pasado los cincuenta buscaba excluyentemente a los gays más jóvenes, es decir, a aquellas personas que no se interesarían por su historia, que provenían de un mundo experiencial distinto al de él y que por ello mismo no podían dar crédito a sus relatos ni necesitaban sus consejos; gays de nueva generación cuya percepción estaba signada por un nuevo orden de lo pensable que incluye ensoñaciones optimistas con respecto –por ejemplo- a constituir una pareja estable, o a realizar una vida familiar o laboral como la de la mayoría de los miembros de la sociedad, ensoñaciones ante las que Tommy respondía con ese clásico “Ya te vas a dar cuenta, nene”. Un juego especular de refutaciones complicado y peligroso.

Sea cual fuere la causa, sostengo que en la última etapa de la carrera moral nuestro sujeto sufrió una pérdida masiva de recursos para la estabilidad emocional al encontrar (y buscar inconscientemente) personas que contradecían su postura ante el mundo (jóvenes almas gays que no habían sido maltratadas). Entonces, aquel sujeto que había vivido en un proceso sostenido de expansión del yo entró de la noche a la mañana en un proceso traumático de contracción, minimización y descrédito del yo. El correlato macrosocial de esta metamorfosis individual fue la reducción de la homosexualidad de colectividad a categoría social, circunstancia que lo llevó a padecer la insoportable sensación de que hoy por hoy, en algunos aspectos y en algunos lugares, algunos gays pueden sentirse algo iguales a los demás. Nuevamente, aquí no me interesa el carácter imaginario o real del último sentimiento, lo que interesa remarcar es que pensar esa sola posibilidad taladró la estabilidad emocional de Tommy, una persona gay que no pudo vivir con la discriminación pero que no estuvo dispuesto a vivir imaginando que la misma podría llegar a no existir.

Trágicamente, fueron los delincuentes sexuales los encargados de devolverle la sensación de que no era igual a los demás. El los fue a buscar. Tal la silenciosa y demoníaca vocación diferencialista que la discriminación alguna vez ancló en su psiquis.



La carrera moral de Tommy

Bibliografía

Bauman, Zygmunt: "Acerca de lo leve y lo líquido" en *Modernidad líquida*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.

Goffman, Erving: "La carrera moral del enfermo mental" en *Internados. Situación social de los enfermos mentales*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970.

—: "El igual y el sabio" en *Estigma. La identidad deteriorada*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970.

Meccia, Ernesto: "Pasado, presente y futuro. Tres antinomias para una sociología de la cuestión gay" en *La cuestión gay. Un enfoque sociológico*, Buenos Aires, Gran Aldea Editores, 2006.

—: "El teatro que no representa. Una reseña tardía con algunas reflexiones actuales de *La presentación de la persona en la vida cotidiana* de Erving Goffman" en *Revista Argentina de Sociología* n° 4, Buenos Aires, Consejo de Profesionales en Sociología-Miño y Dávila Editores, 2005.

Merton, Robert: "Continuidades en la teoría de los grupos de referencia y la estructura social" en *Teoría y estructura sociales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964.

Schutz, Alfred: "El forastero. Un ensayo de psicología social" en *"Estudios sobre teoría social"*, Buenos Aires, Amorrortu, 1974.

Sivori, Horacio: "Espacios homosexuales" y "La sociabilidad homosexual en espacios públicos" en *Locas, chongos y gays. Sociabilidad homosexual masculina durante la década del noventa*, Buenos Aires, Antropofagia, 2004.

Weber, Max: "El profeta" en *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964.

Efervescencia social, creación e innovación[□]

Émile Durkheim

Cuando las conciencias individuales, en vez de permanecer separadas unas de otras, entran estrechamente en relación, actúan unas sobre otras y se desprende de su síntesis una vida psíquica de un género nuevo. Ella se distingue en primer lugar de la que lleva el individuo solitario, por su particular intensidad. Los sentimientos que nacen y se desarrollan en el seno de los grupos tienen una energía a la cual no llegan los sentimientos puramente individuales. El hombre que los experimenta tiene la impresión de que está dominado por fuerzas que no reconoce como suyas, que lo conducen, de las cuales no es dueño, y todo el medio en el que está unido le parece surcado por fuerzas del mismo género. Se siente como transportado a un mundo diferente de aquel en que transcurre su existencia privada. Allí la vida no solamente es intensa; es cualitativamente diferente. Arrastrado por la colectividad, el individuo se desinteresa de sí mismo, se olvida, se consagra enteramente a los fines comunes. El polo de su conducta cambia de lugar y sale fuera de él. Al mismo tiempo, las fuerzas que así se provocan, precisamente porque son téoricas, no se dejan fácilmente canalizar, acompasar, ajustar a fines estrechamente determinados; experimentan la necesidad de expandirse por el hecho de expandirse, por juego, sin objeto, aquí en forma de violencias estúpidamente destructoras, allí, de locuras heroicas. Es ésta una actividad de lujo, en un sentido, porque es una actividad muy rica. Por todas esas razones, se opone a la vida que llevamos cotidianamente, como lo superior se opone a lo inferior, y lo ideal a la realidad.

En efecto, en los momentos de efervescencia de este género, se han constituido en todo tiempo los grandes ideales en los cuales descansan las civilizaciones. Los períodos creadores e innovadores son precisamente aquellos en que, bajo la influencia de circunstancias diversas, los hombres son movidos a acercarse más íntimamente, en que las reuniones, las asambleas son más frecuentes, las relaciones más seguidas, los cambios de ideas más activos: es la gran crisis cristiana, es el movimiento de entusiasmo colectivo que, en los siglos XII y XIII, arrastra hacia París la población estudiosa de Europa, y da nacimiento a la escolástica; es la Reforma y el Renacimiento, es la época revolucionaria, son las grandes agitaciones socialistas del siglo XIX. En estos momentos, esa vida más elevada es vivida con tal intensidad y de una manera tan exclusiva que casi ocupa todo el lugar de las conciencias, que desplaza más o menos completamente las preocupaciones egoístas y vulgares. Las ideas tienden entonces a no

Extraído de DURKHEIM, E. *Sociología y filosofía*, Estudios Durkheimnianos I, Miño y Dávila, Madrid, 2000, Cap. “Juicios de valor y juicios de realidad”, pág. 113-117 [originalmente publicado en *Revue de Métaphysique et de Morale*, junio, 1911].

formar más que una sola cosa con lo real; por eso los hombres tienen la impresión de que están muy próximos los tiempos en que el ideal llegará a ser la realidad misma y en que el reino de Dios se realizará en esta tierra. Pero la ilusión nunca es durable porque esta misma exaltación no puede durar: es demasiado agotadora. Una vez pasado el momento crítico, la trama social se relaja, el intercambio intelectual y sentimental disminuye, los individuos retornan a su nivel ordinario. Entonces, todo lo que se ha dicho, hecho, pensado y sentido durante el período de tormenta fecunda no sobrevive ya sino en forma de recuerdo, de recuerdo prestigioso, sin duda, lo mismo que la realidad que evoca, pero con la cual ha dejado de confundirse. No es ya más que una ida, un conjunto de ideas. Esta vez la oposición está resuelta. Por un lado, se encuentra lo que es dado en las sensaciones y las percepciones, y por otro, lo que es pensado en forma de ideales. Ciertamente, estos ideales se perderían pronto, si no fuesen periódicamente revivificados. Para esto sirven las fiestas, las ceremonias públicas, religiosas y laicas, las predicaciones de toda clase, las de la Iglesia o las de las escuelas, las representaciones dramáticas, las manifestaciones artísticas, en una palabra, todo lo que puede aproximar a los hombres y hacerlos comulgar en una misma vida intelectual y moral. Son como renacimientos parciales y debilitados de la efervescencia de las épocas creadoras. Pero todos estos medios no tienen más que una acción fugaz o limitada. Durante un tiempo, el ideal recobra la frescura y la vida de la actualidad se acerca de nuevo a lo real, pero no tarda en diferenciarse de él nuevamente.

Así, si el hombre concibe ideales, si ni siquiera puede prescindir de concebirlos y de apegarse a ellos es porque es un ser social. La sociedad es la que lo impulsa o obliga a elevarse así por encima de sí mismo, y es ella también la que le proporciona los medios para hacerlo. Sólo porque la sociedad tiene conciencia de sí, sustrae al individuo de sí mismo y lo arrastra a un círculo de vida superior. La sociedad no puede constituirse sin crear ideales. Estos ideales son simplemente las ideas en las que viene a pintarse y a resumirse la vida social, tal como es en los puntos culminantes de su desarrollo. Se disminuye a la sociedad cuando no se ve en ella sino un cuerpo organizado para ciertas funciones vitales. En este cuerpo vive un alma: es el conjunto de los ideales colectivos. Pero estos ideales no son abstractos, frías representaciones intelectuales, desprovistas de toda eficacia. Son esencialmente motores, pues detrás de ellos hay fuerzas reales y activas: las fuerzas colectivas, fuerzas naturales. Por consiguiente, a pesar de ser morales, son comparables a las que actúan en el resto del universo. El ideal mismo es la fuerza de este género; su ciencia puede entonces ser construida. He ahí cómo es posible que el ideal pueda incorporarse a la realidad: es que viene de ella a la vez que la sobrepasa. Los elementos de que está hecho son tomados de la realidad, pero están combinados de una manera nueva. La novedad de la combinación es la que constituye la novedad del resultado. Abandonado a sí mismo, jamás el individuo podría haber sacado de sí los materiales necesarios para tal construcción. Entregado a sus solas fuerzas, ¿cómo podría haber tenido la idea y el poder de sobrepasarse a sí mismo? Su experiencia personal puede permitirle distinguir fines por venir y deseables, y otros que ya están realizados. Pero el ideal no es solamente algo que falta y que se desea, no es un simple futuro al cual se aspira. Es algo que tiene su propia manera de ser; tiene su realidad. Se lo concibe encumbrado, impersonal, por encima de las voluntades particulares que mueve. Si fuera el producto de la razón individual, ¿de dónde podría venirle esta impersonalidad? ¿Se podría invocar la impersonalidad de la razón humana? Pero esto es postergar el problema; no es resolverlo. Pues esta impersonalidad no es más que un hecho, apenas diferentes del primero, y del cual hay que dar una explicación. Si

las razones concuerdan en este punto, no es porque ellas tienen un mismo origen, porque participan de una razón común?

Así, para explicar los juicios de valor, no es necesario reducirlos a juicios de realidad haciendo desvanecer la noción de valor, ni relacionarlos con alguna facultad por la cual el hombre entraría en relación con un mundo trascendente. El valor proviene de la relación de las cosas con los diferentes aspectos del ideal. Pero el ideal no es una fuga hacia un más allá misterioso; se encuentra en la naturaleza y es de la naturaleza. El pensamiento ilustrado tiene acción tanto sobre él como sobre el resto del universo físico o moral. Ciertamente, no es que jamás pueda agotarlo, como tampoco agota ninguna realidad; pero puede aplicarse a ello con la esperanza de apoderarse progresivamente de él, sin que se pueda asignar de antemano límite alguno a sus progresos indefinidos. Desde este punto de vista, estamos en mejores condiciones de comprender cómo el valor de las cosas puede ser independiente de su naturaleza. Los ideales colectivos no pueden constituirse y tener conciencia de sí mismos sino a condición de fijarse en cosas que puedan ser vistas por todos, comprendidas por todos, representadas en todos los espíritus: dibujos figurados, emblemas de todas clases, fórmulas escritas o habladas, seres animados o inanimados. Y sin duda sucede que, por algunas de sus propiedades, estos objetos tienen una especie de afinidad para con lo ideal y lo atraen hacia ellos naturalmente. Entonces es cuando los caracteres intrínsecos de la cosa pueden parecer – erróneamente, por lo demás – la causa generadora del valor. Pero el ideal puede también incorporarse a una cosa cualquiera: se coloca donde quiere. Toda clase de circunstancias contingentes puede determinar la manera en que se fija. Entonces, esta cosa, por vulgar que sea, está fuera de parangón. He ahí como un pedazo de tela puede aureolarse de santidad, cómo un delgado pedazo de papel puede llegar a ser una cosa muy preciada. Dos seres pueden ser muy diferentes por muchos aspectos: si encarnan un ideal, aparecen como equivalentes; es que el ideal que simbolizan aparece entonces como lo que hay de más esencial en ellos y relega a un segundo término todos los aspectos por los cuales divergen el uno del otro. Así es como el pensamiento colectivo metamorfosea todo lo que toca. Mezcla los reinos, confunde los contrarios, nivela las diferencias, derriba lo que se podría considerar como la jeraquía de los seres, diferencias los semejantes, en una palabra, sustituye el mundo que nos revelan los sentidos por un mundo enteramente diferente que no es sino la sombra proyectada por los ideales que constituye. (...)

Fragmentos sobre el concepto de clases sociales en K. Marx

Lucha de clases

Karl Marx y Frederik Engels

La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días ² es la historia de las luchas de clases.

Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores siervos, maestros y oficiales en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre mantuvieron una lucha constante, velada unas veces y otras franca y abierta; lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases beligerantes.

En las primeras épocas de la Historia encontramos casi por todas partes una estructuración completa de la sociedad en diversos estamentos, una múltiple escala gradual de condiciones sociales. En la Roma antigua hallamos patricios, caballeros, plebeyos y esclavos; en la Edad Media, señores feudales, vasallos, maestros, oficiales de los gremios y siervos de la gleba, y, además, en casi todas estas clases todavía encontramos gradaciones particulares.

La moderna sociedad burguesa, que se alza sobre las ruinas de la sociedad feudal, no ha abolido los antagonismos de clase. No ha hecho más que establecer, en lugar de las viejas, nuevas clases, nuevas condiciones de opresión, nuevas formas de lucha. (...)

Sin embargo, nuestra época, la época de la burguesía, se caracteriza por haber simplificado los antagonismos de clase. Toda la sociedad va dividiéndose, cada vez más, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases, antagónicas: la burguesía y el proletariado.

De los siervos de la Edad Media surgieron los ciudadanos libres de las primeras ciudades; de este estamento urbano brotaron los primeros elementos de la burguesía.

² O más exactamente, la historia escrita. En 1847. la historia de la organización social que precedió a toda la historia escrita, la prehistoria era casi totalmente desconocida. Posteriormente, Haxthausen ha descubierto en Rusia la propiedad colectiva de las tierras; Maurer ha demostrado que esta fue la base social de la que se derivaron históricamente todas las tribus alemanas y poco a poco se ha ido descubriendo que la comunidad campesina, con la posesión colectiva del suelo, es o ha sido la forma primitiva de la sociedad, desde las Indias hasta Irlanda. La organización interna de esa sociedad comunista primitiva ha sido puesta en claro, en lo que tiene de típico, con el culminante descubrimiento hecho por Morgan del verdadero carácter de la gens y su posición dentro de la tribu. Al disolverse estas comunidades primitivas comenzó a escindirse la sociedad en clases distintas y, finalmente, enfrentadas. (Nota de F. Engels, adicionada en 1890)

El descubrimiento de América y la circunnavegación de África ofrecieron a la burguesía en ascenso, un nuevo campo de actividad. El mercader de China y de las Indias orientales, la colonización de América, el intercambio con las colonias, el incremento de los medios de cambio y de las mercancías en general dieron al comercio, a la navegación y a la industria un empuje hasta entonces desconocido, y aceleraron con ello el desarrollo del elemento revolucionario de la sociedad feudal en descomposición.

La antigua organización feudal o gremial de producción ya no podía satisfacer la demanda, que crecía con la apertura de nuevos mercados. Ocupó su puesto la manufactura. La clase media industrial suplantó a los maestros de los gremios; la división del trabajo entre las diferentes corporaciones fue suplantada por la división del trabajo dentro del mismo taller.

Pero los mercados crecían sin cesar; la demanda iba siempre en aumento. Ya no bastaba tampoco la manufactura. El invento del vapor y la maquinaria revolucionaron entonces la producción industrial. La gran industria moderna sustituyó a la manufactura; el lugar de la clase media industrial vinieron a ocuparlo los magnates de la industria –jefes de verdaderos ejércitos industriales–, los burgueses modernos. (...)

La burguesía moderna, como podemos ver, es por sí misma producto de un largo proceso de desarrollo, de una serie de transformaciones radicales en el modo de producción y de cambio. (...)

Las armas de que se sirvió la burguesía para derribar al feudalismo se vuelven ahora contra la propia burguesía. Pero la burguesía no solo ha forjado las armas que deben darle muerte; ha producido también los hombres que empuñarán esas armas: los obreros modernos, los proletarios.

En la misma proporción en que se desarrolla la burguesía, es decir, el capital, desarrollándose también el proletariado, la clase obrera moderna, que no vive sino a condición de encontrar trabajo, y lo encuentra únicamente mientras su trabajo acrecienta el capital. (...)

Una vez que el obrero ha sufrido la explotación del fabricante y ha recibido su salario en metálico, se convierte en víctima de otros elementos de la burguesía: el casero, el tendero, el prestamista, etcétera.

Pequeños industriales, pequeños comerciantes y rentistas, artesanos y campesinos, toda la escala inferior de las clases medias de otro tiempo, son absorbidos por el proletariado; unos, porque sus pequeños capitales no les alcanzan para acometer grandes empresas industriales y sucumben en la competencia con los capitalistas más fuertes; otros, porque sus aptitudes profesionales quedan sepultadas ante los nuevos métodos de producción. Así pues, el proletariado se recluta entre todas las clases sociales.

El proletariado pasa por diferentes etapas de desarrollo. Su lucha contra la burguesía comienza con su surgimiento.

Al principio, la lucha es entablada por obreros aislados, después, por los obreros de una misma fábrica; más tarde, por los obreros del mismo oficio de la localidad contra el burgués aislado que los explota directamente. No se limitan a dirigir sus ataques contra las relaciones burguesas de producción, y los dirigen contra los mismos instrumentos de producción: destruyen las mercancías extranjeras que les hacen competencia, rompen las máquinas, incendian las fábricas, intentan reconquistar por la fuerza la posición perdida del trabajador medieval.

En esta etapa, los obreros forman una masa diseminada por todo el país y desunida por la competencia. Si los obreros forman en masas compactas, esta acción no es todavía la consecuencia de su propia unidad, sino fruto de la unión de la burguesía, que para alcanzar sus propios fines políticos debe —y por ahora aún puede— poner en movimiento a todo el proletariado. Durante esta etapa, los proletarios no combaten, por tanto, contra sus propios enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos, es decir, contra los vestigios de la monarquía absoluta, los grandes señores de la tierra, los burgueses no industriales y los pequeños burgueses. Todo el movimiento histórico se concentra, de esta suerte, en manos de la burguesía; cada triunfo así alcanzado es un triunfo de la burguesía.

Sin embargo, el desarrollo de la industria, no sólo nutre las filas del proletariado, sino que los concentra en masas considerables; su fuerza crece y adquieren mayor conciencia de la misma. Los intereses y las condiciones de existencia de los proletarios se igualan cada vez más a medida que la máquina va borrando las diferencias en el trabajo y reduce el salario, casi en todas partes, a un nivel igualmente bajo. Como resultado de la creciente competencia de los burgueses entre sí y de las crisis comerciales que ella ocasiona, los salarios son cada vez más fluctuantes; el constante y acelerado perfeccionamiento de la máquina coloca al obrero en situación cada vez más precaria; las colisiones individuales entre el obrero y el burgués adquieren más y más el carácter de colisiones entre dos clases. Los obreros empiezan a formar coaliciones contra los burgueses y actúan en común para la defensa de sus salarios. Crean organizaciones permanentes para asegurarse los medios necesarios, en previsión de estos choques circunstanciales. De tanto en tanto la lucha estalla en sublevación.

A veces los obreros triunfan; pero es un triunfo transitorio. El verdadero objetivo de sus luchas no es conseguir un resultado inmediato, sino la unión cada vez más extensa de los obreros. (...)

Finalmente, en los períodos en que la lucha de clases, está, a punto de decidirse, el proceso de desintegración de la clase gobernante, de toda la vieja sociedad, adquiere un carácter tan violento y tan patente que una pequeña fracción de esa clase reniega de ella y se adhiere a la causa revolucionaria, a la clase en cuyas manos está el porvenir. Y así como antes una parte de la nobleza se pasó a la burguesía, en nuestros días un sector de la burguesía se pasa al proletariado, particularmente ese sector de los ideólogos burgueses que se han elevado teóricamente hasta la comprensión del conjunto del movimiento histórico.

De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria. Las demás clases van pereciendo y desaparecen con el desarrollo de la gran industria; el proletariado, en cambio, es el producto más peculiar.

La condición esencial de la existencia y del predominio de la clase burguesa es la concentración de la riqueza en manos de particulares, la formación y el incremento constante del capital. La condición de existencia del capital es el trabajo asalariado. El trabajo asalariado descansa exclusivamente sobre la competencia de los obreros entre sí. El progreso de la industria, del que la burguesía, incapaz de oponérsele, es agente involuntario, reemplaza el aislamiento de los obreros, resultante de la competencia, por su unión revolucionaria mediante la asociación. Así, el desarrollo de la gran industria remueve bajo los pies de la burguesía los fundamentos sobre los que ésta produce y se apropia lo producido. La burguesía produce, ante todo, sus propios enterradores. Su muerte y el triunfo del proletariado son igualmente inevitables. (...)

Extraído de MARX, K y ENGELS, F. *El manifiesto comunista*, Edicomunicación, Barcelona, 1998 Pág. 96-98; 104; 106-109; 112. (original redactado en 1848).

Identidad de intereses y formación de una clase

Karl Marx

(...)Y sin embargo, el Poder del Estado no flota en el aire. Bonaparte representa a una clase, que es, además, la clase más numerosa de la sociedad francesa: los *campesinos parcelarios*.

Así como los Borbones eran la dinastía de los grandes terratenientes y los Orleáns la dinastía del dinero, los Bonapartes son la dinastía de los campesinos, es decir, de la masa del pueblo francés. El elegido de los campesinos no es el Bonaparte que se somete al parlamento burgués, sino el Bonaparte que lo dispersa. Durante tres años consiguieron las ciudades falsificar el sentido de la elección del 10 de diciembre y estafar a los campesinos la restauración del imperio. La elección del 10 de diciembre de 1848 no se consumó hasta el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851.

Los campesinos parcelarios forman una masa inmensa, cuyos individuos viven en idéntica situación, pero sin que entre ellos existan muchas relaciones. Su modo de producción los aísla a unos de otros, en vez de establecer relaciones mutuas entre ellos. Este aislamiento es fomentado por los malos medios de comunicación de Francia y por la pobreza de los campesinos. Su campo de producción, la parcela, no admite en su cultivo división alguna del trabajo ni aplicación ninguna de la ciencia; no admite, por tanto, multiplicidad de desarrollo, ni diversidad de talentos, ni riqueza de relaciones sociales. Cada familia campesina se basta, sobre poco más o menos, a sí misma, produciendo directamente ella misma la mayor parte de lo que consume y obteniendo así sus materiales de existencia más bien en intercambio con la naturaleza que en contacto con la sociedad. La parcela, el campesino y su familia; y al lado otra parcela, otro campesino y otra familia. Unas cuantas unidades de estas forman una aldea y unas cuantas aldeas un departamento. Así se forma la gran masa de la nación francesa, por la simple suma de unidades del mismo nombre, al modo como, por ejemplo, las patatas de un saco forman un saco de patatas. En la medida en que millones de familias viven bajo condiciones económicas de existencia que las distinguen por su modo de vida, sus intereses y su cultura de otras clases y las oponen a éstas de un modo hostil, aquéllas forman una clase. Por cuanto existe entre los campesinos parcelarios una articulación puramente local y la identidad de sus intereses no engendra entre ellos ninguna comunidad, ninguna unión nacional y ninguna organización política, no forman una clase. Son, por tanto, incapaces de hacer valer su interés de clase en su propio nombre, ya sea por medio de un parlamento o por medio de una convención. No pueden representarse, sino que tienen que ser representados. Su representante tiene que aparecer al mismo tiempo como su señor, como una autoridad por encima de ellos, como un poder ilimitado de gobierno que los proteja de las demás clases y les envíe desde lo alto la lluvia y el sol. Por consiguiente, la influencia política de los campesinos parcelarios encuentra su última expresión en el hecho de que el Poder Ejecutivo someta bajo su mando a la sociedad (...)

Extraído de MARX, K. *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Prometeo, Buenos Aires, 2003, Pág. 115 y 116. (original redactado en 1852).

“Los dos grandes grupos de intereses en los que la burguesía se divide”

Karl Marx

Antes de proseguir con la historia parlamentaria, son indispensables algunas observaciones, para evitar los errores corrientes acerca del carácter total de la época que tenemos delante. Según la manera de ver de los demócratas, durante el período de la Asamblea Nacional Legislativa el problema es el mismo que el del período de la Constituyente: la simple lucha entre republicanos y monárquicos. En cuanto al movimiento mismo lo encierran en un tópico: “*reacción*”, la noche, en la que todos los gatos son pardos y que les permite salmodiar todos sus habituales lugares comunes, dignos de su papel de sereno. Y, ciertamente, a primera vista el partido del orden parece un ovillo de diversas fracciones monárquicas, que no sólo intrigan unas contra otras para elevar cada cual al trono a su propio pretendiente y eliminar al del bando contrario, sino que, además, se unen todas en el odio común y en los ataques comunes contra la “república”. Por su parte, la Montaña aparece como la representante de la “república” frente a esta conspiración monárquica. El partido del orden aparece constantemente ocupado en una “reacción” que, ni más ni menos que en Prusia, va contra la prensa, contra la asociación, etc., y se traduce, al igual que en Prusia, en brutales injerencias policíacas de la burocracia, de la gendarmería y de los tribunales. A su vez, la “Montaña” está constantemente ocupada con no menos celo en repeler estos ataques, defendiendo así los “eternos derechos humanos”, como todo partido sedicente popular lo viene haciendo más o menos desde hace siglo y medio. Sin embargo, examinando más de cerca la situación y los partidos se esfuma esta apariencia superficial, que vela *la lucha de clases* y la peculiar fisonomía de este período.

Legitimistas y orleanistas formaban, como queda dicho, las dos grandes fracciones del partido del orden. ¿Qué es lo que hacía que estas fracciones se aferrasen a sus pretendientes y las mantenía mutuamente separadas? ¿No era acaso más que las flores de lis y el tricolor de la dinastía de Borbón y la de Orleáns, distintos matices de monarquismo, era acaso, en general, la profesión de fe monárquica? Bajo los Borbones había gobernado *la gran propiedad territorial*, con sus curas y sus lacayos; bajo los Orleáns, la alta finanza, la gran industria, el gran comercio, es decir, *el capital*, con todo su séquito de abogados, profesores y retóricos. La monarquía legítima no era más que la expresión política de la dominación heredada de los señores de la tierra, del mismo modo que la monarquía de Julio no era más que la expresión política de la dominación usurpada de los advenedizos burgueses. Lo que, por tanto, separaba a estas fracciones no era eso que llaman principios, eran sus condiciones materiales de vida, dos especies distintas de propiedad; era el viejo antagonismo entre la ciudad y el campo, la rivalidad entre el capital y la propiedad del suelo. Que, al mismo tiempo, había viejos recuerdos, enemistades personales, temores y esperanzas, prejuicios e ilusiones, simpatías y antipatías, convicciones, artículos de fe y principios que los mantenían unidos a una u otra dinastía, ¿quién lo niega? Sobre las diversas formas de propiedad, sobre las condiciones sociales de existencia, se levanta toda una superestructura de sentimientos, ilusiones, modos de pensar y concepciones de vida diversos y plasmados de un modo peculiar. La clase entera los crea y los plasma derivándolos de sus bases materiales y de las relaciones sociales correspondientes. El individuo suelto, a quien se los imbuye la tradición y la educación, podrá creer que son los verdaderos móviles y el punto de partida de su conducta. Aunque los orleanistas y los legitimistas, aunque cada fracción se esfuerce por convencerse a sí misma y por convencer a la otra de que lo que las separa es la lealtad a sus dos dinastías, los hechos demostraron más tarde que eran más bien sus intereses divididos lo que impedía que las dos dinastías se uniesen. Y así como en la vida privada se distingue entre lo que un hombre piensa y dice de sí mismo y lo que realmente es y hace, en las luchas históricas hay que distinguir todavía más entre las frases y las figuraciones de los partidos y su organismo real y sus intereses reales, entre lo que se imaginan ser y lo que en realidad son. Orleanistas y legitimistas se encontraron en la república los unos junto a los otros y con idénticas pretensiones. Si cada parte quería imponer frente a la otra *la restauración de su propia* dinastía, esto sólo significaba una cosa: que cada uno de *los dos grandes intereses* en que se

divide la *burguesía* —la propiedad del suelo y el capital— aspiraba a restaurar su propia supremacía y la subordinación del otro. Hablamos de dos intereses de la burguesía, pues la gran propiedad del suelo, pese a su coquetería feudal y a su orgullo de casta, estaba completamente aburguesada por el desarrollo de la sociedad moderna. También los tories³ en Inglaterra se hicieron durante mucho tiempo la ilusión de creer que se entusiasmaban con la monarquía, la Iglesia y las bellezas de la vieja Constitución inglesa, hasta que llegó el día del peligro y les arrancó la confesión de que sólo se entusiasmaban con la renta del suelo (...)

Extraído de MARX, K. *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Prometeo, Buenos Aires, 2003, Pág. 44- 46. (original redactado en 1852).

Clase e individuo

K. Marx

En la Edad Media, los vecinos de cada ciudad veíanse obligados a agruparse en contra de la nobleza rural, para defender su pellejo; la expansión del comercio y el desarrollo de las comunicaciones empujaron a cada ciudad a conocer a otras, que habían hecho valer los mismos intereses, en lucha contra la misma antítesis. De las muchas vecindades locales de las diferentes ciudades fue surgiendo así, paulatinamente, la *clase* burguesa. Las condiciones de vida de los diferentes burgueses o vecinos de los burgos o ciudades, empujadas por la reacción contra las relaciones existentes o por el tipo de trabajo que ello imponía, convertíanse al mismo tiempo en condiciones comunes a todos ellos e independientes de cada individuo. Los vecinos de las ciudades habían ido creando estas condiciones al separarse de las agrupaciones feudales, a la vez que fueron creados por aquéllas, por cuanto se hallaban condicionadas por su oposición al feudalismo, con el que se habían encontrado. Al entrar en contacto unas ciudades con otras, estas condiciones comunes se desarrollaron hasta convertirse en condiciones de clase. Idénticas condiciones, idénticas antítesis e idénticos intereses tenían necesariamente que provocar en todas partes, muy a grandes rasgos, idénticas costumbres. La burguesía misma comienza a desarrollarse poco a poco con sus condiciones, se escinde luego, bajo la acción de la división del trabajo, en diferentes fracciones y, por último, absorbe todas las clases poseedoras con que se había encontrado al nacer⁴ (al paso que hace que la mayoría de la clase desposeída con que se encuentra y una parte de la clase poseedora anterior se desarrollen para formar una nueva clase, el proletariado), en la medida en que toda la propiedad anterior se convierte en capital industrial o comercial. Los diferentes individuos sólo forman una clase en cuanto se ven obligados a sostener una lucha común contra otra clase, pues por lo demás ellos mismos se enfrentan unos con otros, hostilmente, en el plano de la competencia. Y, de otra parte, la clase se sustantiva, a su vez, frente a los individuos que la forman, de tal modo que éstos de encuentran ya con sus condiciones de vida predestinadas, por así decirlo; se encuentran con que la clase les asigna su posición en la vida y, con ello, la trayectoria de su desarrollo personal; se ven absorbidos por ella. Es el mismo fenómeno que el de la absorción de los diferentes individuos por la división del trabajo, y para eliminarlo no hay otro camino que la abolición de la propiedad privada y del trabajo mismo. Ya hemos indicado varias veces cómo esta absorción de los individuos por la clase se desarrolla hasta convertirse, al mismo tiempo, en una absorción por diversas ideas, etc. (...)

³ Los tories pertenecían al partido político de los grandes aristócratas de la tierra y las finanzas en Inglaterra. Después de su fundación en el siglo XVII, el lorysmo defendía siempre políticas internas reaccionarias, manteniendo con firmeza el régimen conservador y corrompido del sistema estatal inglés, oponiéndose a las reformas democráticas en lo interior. A fines de la década del 50 y principios de la del 60 del siglo XIX, en base al antiguo torysmo se creó el partido conservador inglés.

⁴ Absorbe primeramente las ramas de trabajo directamente pertenecientes al Estado, y luego todos los estamentos (más o menos) ideológicos. (*Glosa marginal de Marx*).

Extraído de MARX, K. *La ideología alemana*, Pueblos Unidos/Cartago, Buenos Aires, 1985, pág. 60-61.

Clase y estamento

Karl Marx

Si consideramos *filosóficamente* este desarrollo de los individuos en las condiciones comunes de existencia de los estamentos y las clases que se suceden históricamente y con arreglo a las ideas generales que de este modo se les han impuesto, llegamos fácilmente a imaginarnos que en estos individuos se ha desarrollado la especie o el hombre o que ellos han desarrollado al hombre; un modo de imaginarse éste que se da de bofetadas con la historia⁵. Luego, podemos concebir estos diferentes estamentos y clases como especificaciones del concepto general, como variedades de la especie, como fases de desarrollo del hombre.

Esta absorción de los individuos por determinadas clases no podrá superarse, en efecto, hasta que se forme una clase que no tenga ya que por qué oponer ningún interés especial de clase a la clase dominante.

Los individuos han partido siempre de sí mismos, aunque naturalmente, dentro de sus condiciones y relaciones históricas dadas, y no del individuo “puro”, en el sentido de los ideólogos. Pero, en el curso del desarrollo histórico, y precisamente por medio de la substantivación de las relaciones sociales que es inevitable dentro de la división del trabajo, se revela una diferencia entre la vida de cada individuo, en cuanto se trata de su vida personal, y esa misma vida supeditada a una determinada rama del trabajo y a las correspondientes condiciones (lo que no debe entenderse en el sentido de que, por ejemplo, el rentista, el capitalista, etc., dejen de ser personas, sino en el de que su personalidad se halla condicionada y determinada por relaciones de clase muy concretas, y la diferencia sólo se pone de manifiesto en contraposición con otra clase y, con respecto a ésta, solamente cuando se presenta la bancarrota). En el estamento (y más todavía en la tribu) esto aparece aún velado; y así, por ejemplo, un noble sigue siendo un noble y un villano un villano, independientemente de sus otras relaciones, por ser aquélla una cualidad inseparable de su personalidad. La diferencia del individuo personal con respecto al individuo de clase, el carácter fortuito de las condiciones de vida para el in(dividuo), sólo se manifiestan con la aparición de la clase, que es a su vez, un producto de la burguesía. La competencia y la lucha (de unos) individuos con otros es la que engendra y desarrolla este carácter fortuito en cuanto tal. En la imaginación, los individuos, bajo el poder de la burguesía,

⁵ La tesis que con tanta frecuencia nos encontramos en San Max y según la cual todo lo que cada uno es por medio del Estado, en el fondo se identifica con la que sostiene que el burgués es tan sólo un ejemplar de la especie burguesa, tesis donde se presupone que la *clase* de la burguesía existió ya antes que los individuos que la integran (*Nota de Marx y Engels*).

son, por tanto, más libres que antes, porque sus condiciones de vida son, para ellos, algo puramente fortuito; pero, en la realidad, son, naturalmente, menos libres, ya que se hallan más supeditados a un poder material.

La diferencia de estamento se manifiesta, concretamente, en la antítesis de burguesía y proletariado. Al aparecer el estamento de los vecinos de las ciudades, las corporaciones, propiedad mobiliaria y el trabajo artesanal, que había existido ya de un modo latente antes de su separación de la asociación feudal, apareció como algo positivo, que se hacía valer frente a la propiedad inmueble feudal, y esto explica por qué volvió a revestir en su modo, primeramente, la forma feudal. Es cierto que los siervos de la gleba fugitivos consideraban a su servidumbre anterior como algo fortuito en su personalidad. Pero, con ello no hacían sino lo mismo que hace toda clase que se libera de una traba, aparte de que ellos, al obrar de este modo, no se salían de los marcos del régimen de los estamentos, sino que formaban un estamento nuevo y retenían en su nueva situación su modo de trabajo anterior, y hasta lo desarrollaban, al liberarlo de trabas que ya no correspondían al desarrollo que había alcanzado[□].

Tratándose de los proletarios, por el contrario, su propia condición de vida, el trabajo, y con ella todas las condiciones de existencia actual, se convirtieron para ellos en algo fortuito, sobre lo que cada proletario de por sí no tenía el menor control y sobre lo que no podía darles tampoco el control de ninguna organización social, y la contradicción entre la personalidad del proletario individual y su condición de vida, tal como le viene impuesta, es decir, el trabajo, se revela ante él mismo, sobre todo porque se ve sacrificado ya desde su infancia y porque no tiene la menor posibilidad de llegar a obtener, dentro de su clase, las condiciones que le coloquen en la otra.

Así, pues, mientras que los siervos fugitivos sólo querían desarrollar libremente y hacer valer sus condiciones de vida ya existentes, razón por la cual sólo llegaron, en fin de cuentas, al trabajo libre, los proletarios, para hacerse valer personalmente, necesitan acabar con su propia condición de existencia anterior, que es al mismo tiempo la de toda la anterior sociedad, con el trabajo. Se hallan también, por tanto, en contraposición directa con la forma que los individuos han venido considerado, hasta ahora, como sinónimo de la sociedad en su conjunto, con el Estado, y necesitan derrocar al Estado, para imponer su personalidad.

Extraído de MARX, K. *La ideología alemana*, Pueblos Unidos/Cartago, Buenos Aires, 1985, pág. 88-90.

No debe olvidarse que la misma necesidad de los siervos de existir y la imposibilidad de las grandes haciendas, que trajo consigo la distribución de los allotments (parcelas) entre los siervos, no tardaron en reducir las obligaciones de los siervos para con su señor feudal a un promedio de prestaciones en especie y en trabajo que hacía posible al siervo la acumulación de propiedad mobiliaria, facilitándole con ello la posibilidad de huir de las tierras de su señor y permitiéndole subsistir como vecino de una ciudad, lo que contribuyó, al mismo tiempo, a crear gradaciones entre los siervos, y así vemos que los siervos fugitivos son ya, a medias, vecinos de las ciudades. Ya fácil es comprender que los campesinos siervos conocedores de un oficio eran los que más posibilidades tenían de adquirir propiedades mobiliarias. (*Nota de Marx y Engels*).

¿Qué es lo que hace a una clase social? Acerca de la existencia teórica y práctica de los grupos[□]

Pierre Bourdieu

Es fácil y tentador ironizar el tópico de este simposium y revelar las presuposiciones que esconde bajo su aparente neutralidad. Pero si ustedes me permiten solamente una crítica al modo en que se formula la cuestión de las clases sociales, es el que falsamente lo lleva a uno a creer que este problema puede ser reducido a una simple cuestión de elección y ser resuelto por simples argumentos del sentido común.

De hecho, detrás de la alternativa propuesta -¿es la clase una construcción analítica o una categoría folclórica?- se esconde uno de los más difíciles problemas de todos los problemas teóricos, concretamente, el problema del conocimiento, pero asume una forma muy especial cuando el objeto de ese conocimiento es hecho de los sujetos y por los sujetos de conocimiento.

Uno de los principales obstáculos para una sociología científica es el uso que hacemos de oposiciones comunes, pares de conceptos, o lo que Bachelard llama "pares epistemológicos": contruidos por la realidad social, ellos son impensadamente usados para construir la realidad social. Una de esas antinomias fundamentales es la oposición entre objetivismo y subjetivismo, o, en la manera de hablar más reciente, entre estructuralismo y constructivismo, que pueden grosso modo ser caracterizados como sigue: desde el punto de vista objetivista, los agentes sociales pueden ser "tratados como cosas", de acuerdo al viejo precepto Durkheimiano, esto es, clasificados como objetos: el acceso a la clasificación objetiva presupone aquí una ruptura con las ingenuas clasificaciones subjetivas, que son vistas como "prenociones" o "ideologías". Desde el punto de vista subjetivista, como el representado por la fenomenología, etnometodología y la sociología constructivista, los agentes construyen la realidad social, lo que en sí misma es entendida como el producto de la agregación de esos actos individuales de construcción. Para este tipo de marginalismo sociológico, no hay necesidad de romper con la experiencia social primaria, ya que la tarea de la sociología es dar "una descripción de las descripciones".

De hecho esto es una falsa oposición. En realidad, los agentes son clasificados y clasificadores, pero ellos clasifican de acuerdo a (o dependiendo de) sus posiciones dentro de las clasificaciones. Para resumir lo que quiero decir con esto, puedo comentar brevemente sobre la noción de punto de vista: el punto de vista es una perspectiva, una visión subjetiva parcial (momento subjetivista); pero al mismo tiempo es una visión, una perspectiva tomada desde un punto, desde una determinada posición en un espacio social objetivo (momento objetivista). Permítanme desarrollar cada uno de esos momentos, el objetivista y el subjetivista, del modo como se aplican al análisis de las clases y demostrar cómo ellos pueden y deben ser integrados.

El momento objetivista: de las clases sociales al espacio social: la clase como una construcción teórica bien fundada

La primera cuestión, próxima a aquella asignada, es "¿Son las clases apenas una construcción científica o ellas existen en la realidad?" Esta pregunta es en sí misma un eufemismo para la más directa y la más directamente política pregunta: ¿"las clases existen o no existen?" ya que esta pregunta se yergue en la misma objetividad del mundo social y de la lucha social que ocurre en él. La cuestión de

Extraído de Revista Paraguaya de Sociología, Año 31, N 89, enero-abril de 1994, Pag. 7-21. [Texto de una conferencia pronunciada en abril de 1987 en la Universidad de Chicago, publicada como What makes a social class?: on the theoretical and practical existence of groups, *Berkley Journal of Sociology*, 32:1-17, 1987]. Traducción al español de Rubén Urbazagástegui Alvarado.

la existencia o de la no existencia de las clases es, al menos desde la emergencia del Marxismo y de los movimientos políticos que ha inspirado, uno de los mayores principios de división en la arena política. De este modo, uno tiene toda la razón para sospechar que cualquiera que sea la respuesta que esta pregunta reciba, estará basada en elecciones políticas, aun si las dos posibles posiciones sobre la existencia de clases corresponda a las dos probables posiciones sobre el modo de conocimiento, realista o constructivista, de las cuales la noción de clase es el producto.

Aquellos que sostienen la existencia de las clases tenderán a tomar una posición realista y, si están empíricamente inclinados, intentarán determinar empíricamente las propiedades y límites de las varias clases, a veces yendo tan lejos como contar, a las personas, a los miembros de esta o aquella clase. A esta visión del problema uno puede oponer -y esto ha sido hecho frecuentemente, particularmente por los sociólogos conservadores- la idea de que las clases no son nada más que construcciones de los científicos, sin ningún fundamento en la realidad, y que cualquier intento por demostrar la existencia de las clases a través de la medición empírica de indicadores objetivos de la posición económica y social, devendrá en contra del hecho de que es imposible encontrar, en el mundo real, recortes claros en las discontinuidades: los ingresos, como la mayoría de las propiedades adjudicadas a los individuos, muestran una distribución continua, de tal manera que cualquier categoría discreta que uno pueda construir sobre su base parece apenas un mero artefacto estadístico. Y, a la fórmula de Pareto, según la cual no es menos fácil trazar una línea entre el rico y el pobre que entre el joven y el viejo -en estos días uno puede añadir: entre hombres y mujeres. Esa fórmula siempre deliciará a aquellos -y ellos son muchos, aun entre los sociólogos- que quieren convencerse a sí mismos -y a los otros- de que las diferencias sociales no existen, o de que ellos están declinando (como en el caso del aburguesamiento de la clase trabajadora o la homogeneización de la sociedad), y a quienes argumentan, sobre esta base, de que no existe ningún principio dominante de diferenciación.

Aquellos que claman por descubrir las clases "ya hechas", ya constituidas en la realidad objetiva y aquellos que sostienen que las clases son nada más que puros artefactos teóricos (académicos o "populares"), obtenidos por un corte arbitrario en diferentes circunstancias, un continuo indiferenciado del mundo social, tienen eso en común, que ellos aceptan una filosofía substancialista, en el sentido del término dado por Cassirer, que no reconocen otra realidad que aquella que es dada directamente mediante la intuición de la experiencia cotidiana. De hecho, es posible negar la existencia de las clases como un conjunto homogéneo de individuos económica y socialmente diferenciados, objetivamente constituidos en grupos, y sostener al mismo tiempo la existencia de un espacio de diferencias basadas en un principio de diferenciación económica y social. Para hacer eso, uno solamente necesita tomar el modo de pensamiento relacional o estructural característico de las matemáticas y la física modernas, que identifica lo real no con substancias sino con relaciones. Desde este punto de vista, la "realidad social" hablada por la sociología objetivista (aquella de Marx pero también aquella de Durkheim) consiste de un conjunto de relaciones invisibles, precisamente aquellas que constituyen un espacio de posiciones externas uno al otro y definidos por su distancia relativa entre uno y otro. Para este realismo de la relación, lo real es lo relacional; la realidad no es otra cosa que la estructura como un conjunto de relacionamientos constantes que frecuentemente son invisibles, porque son oscurecidos por las realidades del sentido de la experiencia cotidiana, y en particular por los individuos, en los cuales termina el realismo substancialista. Es este mismo substancialismo el que justifica la afirmación y la negación de las clases. Desde un punto de vista científico, lo que existe no son "clases sociales" como es entendido por el modo de pensamiento realista, substancialista y empiricista adoptado por los oponentes y proponentes de la existencia de las clases, sino como un espacio social en el verdadero sentido de la palabra, si nosotros admitimos, con Strawson, que la propiedad fundamental de un espacio es la externalidad recíproca de los objetos que encierra.

La tarea de la ciencia, es entonces, construir el espacio que nos permita explicar y predecir las mayores cantidades posibles de diferencias observadas entre los individuos, o, lo que es lo mismo, determinar los principios de diferenciación principales, necesarios o suficientes, para explicar o predecir la totalidad de las características observadas en un determinado grupo de individuos.

El mundo social puede ser concebido como un espacio multidimensional que puede ser construido empíricamente a través del descubrimiento de los principales factores de diferenciación que cuentan por las diferencias observadas en un universo social determinado, o, en otras palabras, por el descubrimiento de los poderes o formas de capital que son o pueden convertirse en eficientes, como ases en un juego de cartas, en este universo particular, esto es, en la lucha (o competencia) por la apropiación de bienes escasos del cual este universo es el sitio. De aquí se concluye que la estructura de este espacio es determinado por la distribución de las varias formas de capital, esto es, por la distribución de las propiedades que están activas al interior del universo en estudio -aquellas propiedades capaces de conferir fuerza, poder, y consecuentemente beneficios a sus poseedores.

En un universo social como la sociedad francesa, y sin duda en la sociedad americana de hoy, estos poderes fundamentales son, de acuerdo a mis investigaciones empíricas, en primer lugar el capital económico, en sus varios tipos; en segundo lugar el capital cultural o mejor, el capital informacional, de nuevo en sus diferentes formas; y en tercer lugar, dos formas de capital que están fuertemente correlacionadas, el capital social, que consiste de recursos basados en conexiones y pertenencia a grupos, y el capital simbólico, que es la forma que toman las diferentes formas de capital una vez que son percibidos y reconocidos como legítimos. De esta forma los agentes están distribuidos en todo el espacio social, en una primera dimensión de acuerdo al volumen global del capital que poseen, en una segunda dimensión, de acuerdo a la composición de sus capitales, esto es, de acuerdo al peso relativo de su capital total en las varias formas de capital, especialmente los capitales económico y cultural; y en una tercera dimensión, de acuerdo a la evolución en el tiempo del volumen y composición de sus capitales, esto es, de acuerdo a sus trayectorias en el espacio social. Los agentes o conjunto de agentes son asignados a una posición, a una localización o a una clase precisa de posiciones vecinas, i.e. a una área particular en ese espacio; ellos son así definidos por sus posiciones relativas en términos de un sistema multidimensional de coordenadas cuyos valores corresponden a los valores de las diferentes variables pertinentes (la ocupación es generalmente un buen indicador económico de la posición en el espacio social y, en adición, proporciona valiosa información sobre los efectos ocupacionales, i.e. efectos de la naturaleza del trabajo, del ambiente ocupacional con sus especificidades culturales y organizacionales, etc.).

Pero es aquí donde las cosas se complican: en efecto, es casi similarmente que el producto del modo de pensamiento relacional (como en el diagrama tridimensional en el análisis factorial) será interpretado de un modo realista y "substancialista": Las "clases" como clases lógicas -construcciones analíticas obtenidas por la división teórica de un espacio teórico- son entonces vistas como reales, grupos objetivamente constituidos. Irónicamente, cuanto más precisa la construcción teórica de las clases teóricas, mayor la posibilidad de ser vistos como grupos reales. En realidad, esas clases están basadas en los principios de diferenciación que realmente son los más efectivos en la realidad, i.e. los más capaces de proporcionar explicaciones más globales del mayor número de diferencias observadas entre los agentes. La construcción del espacio es la base de una división en clases que son solamente construcciones analíticas, pero construcciones bien fundamentadas en la realidad (*cum fundamento in re*). Con el conjunto de principios comunes que miden la distancia relativa entre individuos, nosotros adquirimos los medios de reagrupar individuos en clases de tal modo que los agentes de la misma clase sean lo más similares posible en el mayor número posible de aspectos (y sobre todo como el número de clases así definidos es grande y el área que ellos ocupan en el espacio social es pequeño), y de tal modo que las clases sean lo más distintas posibles uno respecto del otro o, en otras palabras, nosotros aseguramos la posibilidad de obtener la mayor separación posible entre clases de la mayor homogeneidad posible.

Paradójicamente, los medios usados para construir y para exhibir el espacio social tienden a oscurecerlo a la vista; las poblaciones que son necesarias construir para objetivar las posiciones que ellos ocupan esconden esas mismas posiciones. Esto es más verdadero cuando el espacio es construido de manera que cuanto más cercano los agentes individuales, mayor su número probable de propiedades comunes, y contrariamente, cuanto más alejados están uno del otro, tanto menos propiedades en común tendrán ellos. Para ser más precisos, los agentes que ocupan posiciones vecinas en este espacio

son colocados en condiciones similares y por eso están sujetos a similares factores de condicionamiento: consecuentemente ellos tienen mayores posibilidades de tener posiciones e intereses similares, y así de producir prácticas y representaciones de tipo similar. Aquellos que ocupan las mismas posiciones tienen mayores posibilidades de tener los mismos hábitos, al menos de acuerdo con las trayectorias que los han llevado a esas posiciones.

Las disposiciones adquiridas en la posición ocupada implican un ajustamiento a esa posición, lo que Erving Goffman llama el "Sentido del lugar de sí mismo". Es este sentido del lugar de sí mismo que, en una situación de interacción, coloca a aquellos a quienes nosotros llamamos en francés *les gens humbles*, literalmente, "gente modesta" -en español quizás "gente común"- a permanecer "modestamente" en sus lugares, y el que coloca a los otros a "mantener su distancia", o a "mantener su situación en la vida". De pasada debería ser dicho que esas estrategias pueden ser totalmente inconscientes y tomar la forma de lo que nosotros comúnmente llamamos timidez o arrogancia. De hecho, esas distancias sociales están inscritas en el cuerpo. En consecuencia, esas distancias objetivas tienden a reproducirse ellas mismas en la experiencia subjetiva de la distancia; la lejanía en el espacio está asociada a una forma de aversión o falta de entendimiento, mientras que la proximidad es vivida más o menos como una forma inconsciente de complicidad. Este sentido del lugar de sí mismo es al mismo tiempo un sentido del lugar de los otros, y, conjuntamente con las afinidades del hábito experimentado en la forma de atracción o repulsión personal, etc., está en las raíces de todos los procesos de cooptación, amistad, enamoramiento, asociación, etc., y a través de ese medio proporciona los principios de todas las alianzas y conexiones durables, incluyendo las relaciones legalmente sancionadas.

De esta manera, a pesar de que la clase lógica, como una construcción analítica fundamentada en la realidad, no es otra cosa que el conjunto de ocupantes de la misma posición en el espacio, esos agentes están de tal forma afectados en su ser social, por los efectos de la condición y de los condicionamientos correspondientes a su posición; están definidos **intrínsecamente** (esto es, por una cierta clase de condiciones materiales de existencia, de experiencia primaria del mundo social, etc.) y **relacionalmente** (esto es, de acuerdo a su relación con otras posiciones, como estando encima o debajo de ellos, o entre ellos como en el caso de aquellas posiciones que están "en el medio", intermediarias, neutras, ni dominantes ni dominadas).

El efecto de homogeneización de las condiciones homogéneas está en la base de aquellas disposiciones que favorecen el desarrollo de relacionamientos, formal o informal, (como la homogamia), que tienden a aumentar esta misma homogeneidad. En términos simples, las clases construidas teóricamente agrupan agentes que estando sujetos a condicionamientos similares, tienden a correlacionarse unos con los otros y, como resultado, están inclinados a agruparse prácticamente, a juntarse como un grupo práctico, y de esa manera a reforzar sus puntos de semejanza.

Para resumir hasta aquí: las clases construidas pueden ser caracterizadas de cierta manera como un conjunto de agentes que, por el hecho de ocupar posiciones similares en el espacio social (eso es, en la distribución de poderes), están sujetos a condiciones de existencia y factores condicionantes similares, y, como resultado, están dotados de disposiciones similares que los dirigen a desarrollar prácticas similares. En este respecto, tales clases alcanzan todos los requisitos de una taxonomía científica, al menos predictiva y descriptiva, que nos permite obtener la mayor cantidad de información con un mínimo costo: las categorías obtenidas a través del recorte de conjuntos caracterizados por la semejanza de sus condiciones ocupacionales en un espacio tridimensional tienen una capacidad predictiva muy alta con un costo cognitivo relativamente pequeño (esto es, se necesita relativamente poca información para determinar la posición en ese espacio: uno necesita tres coordenadas, volumen global del capital, composición del capital y trayectoria social). Este uso de la noción de clase es inseparable de la ambición de describir y clasificar agentes y sus condiciones de existencia de tal manera que el recorte del espacio social en clases pueda explicar las variaciones en las prácticas. Este proyecto es expresado de una forma particularmente lúcida por Maurice Halbwachs, cuyo libro, publicado en 1955 bajo el título de *Outline of a Psychology of Social Classes*, apareció primero en 1938, toda una década antes que el influyente volumen de Richard Centers sobre *The*

Psychology of Social Classes en este país, bajo el título revelador de *Motivos dominantes que orientan las actividades individuales en la vida social*. Mediante el agrupamiento conjunto de un grupo de agentes caracterizados por la "misma condición colectiva permanente", como Halbwachs lo colocó, nuestro objetivo es explicar y predecir las prácticas de las varias categorías constituidas de esa manera.

Pero uno puede ir aún más lejos y -desde esta misma concepción objetivista del mundo social- postular, como lo hizo Marx, que las clases teóricas son clases reales, grupos de individuos reales movidos por la conciencia de la identidad de sus condiciones e intereses, una conciencia que simultáneamente los junta y los opone a otras clases. De hecho, la tradición Marxista comete la misma falacia teorista con que el propio Marx acusó a Hegel: debido a la homogeneización de las clases construidas, que como tal sólo existen en el papel, las clases reales constituidas en la forma de grupos movilizados poseyendo autoconciencia y relación absolutas, la tradición Marxista confunde las cosas de la lógica con la lógica de las cosas. La ilusión que nos lleva a creer que las clases teóricas son automáticamente clases reales -grupos hechos de individuos unidos por la conciencia y el conocimiento de su condición de comunidad y aptas para movilizarse a la procura de sus objetivos comunes- tratará de establecerse en uno de los muchos modos. Por un lado, uno puede invocar el efecto mecánico de la identidad de condiciones que, presumiblemente, debe inevitablemente afirmarse con el tiempo. O, siguiendo una lógica completamente diferente, uno puede invocar el efecto de un "despertar de la conciencia" (*prise de conscience*) concebida como la realización de la verdad objetiva; o cualquier combinación de los dos. O mejor todavía esta ilusión buscará encontrar base en una reconciliación, revelada bajo la lúcida guía del Partido (con P mayúscula), de la visión popular y la visión académica, de modo que al final la construcción analítica es transformada en una categoría folclórica.

La ilusión teórica que garantiza la realidad contra las abstracciones, esconde una serie de problemas mayores, aquellos que la construcción real de clases teóricas bien fundamentadas nos permite aprehender cuando es epistemológicamente controlada: una clase teórica, o una "clase en el papel", puede ser considerada como una clase real probable, o como la probabilidad de que una clase real, aquellos cuyos constituyentes están inclinados a ser colocados lo más próximos posible y movilizables (pero no realmente movilizarse) sobre la base de sus semejanzas (de intereses y disposiciones). Similarmente el espacio social puede ser construido como una estructura de diseños de posibles individuos, juntos o separados; una estructura de afinidades y aversiones entre ellos. De cualquier forma, contrario a lo que la teoría marxista supone, el movimiento de la probabilidad a la realidad, de la clase teórica a la clase práctica, nunca está dada: aunque ellos son sustentados por el "sentido del lugar de sí mismo" y por la afinidad del habitus, los principios de visión y división del mundo social que trabajan en la construcción de las clases teóricas tienen que competir, en la realidad, con otros principios, étnicos, raciales o nacionales; más concretamente todavía, con principios impuestos por la experiencia cotidiana de divisiones y rivalidades ocupacionales, comunales, y locales. Las perspectivas tomadas en la construcción de las clases teóricas pueden muy bien ser las más "realistas", en eso descansa el principio subyacente de las prácticas reales; aún más, no se impone sobre los agentes de una manera autoevidente. La representación individual o colectiva que los agentes pueden adquirir del mundo social y del lugar que ocupan en él, pueden ser muy bien contruidos de acuerdo a categorías completamente diferentes, aunque en sus prácticas diarias, esos agentes siguen las leyes immanentes a ese universo a través de la mediación de su sentido del lugar.

En resumen, asumiendo que las acciones y las interacciones de alguna manera podrían ser deducidas de la estructura, uno se confronta con la cuestión del movimiento del grupo teórico al grupo práctico, esto es, por decir así, la cuestión de la política y del trabajo político necesario para imponer un principio de visión y división del mundo social, aun cuando este principio esté bien fundado en la realidad. Manteniendo una aguda distinción entre la lógica de las cosas y las cosas de la lógica, aun aquellos que estén mejor ajustados a la lógica de las cosas (como sucede con las bien fundamentadas clases teóricas), podemos establecer al menos varias proposiciones: Primeramente, que las clases realizadas y movilizadas por y para la lucha de clases, "clases-en-lucha", como Marx lo sostiene, no existen; segundo,

que las clases pueden acceder a una forma definida de existencia solamente a través de un costoso trabajo específico, del cual específicamente la producción teórica de una representación de las divisiones es un elemento decisivo; y tercero, esta labor política tiene más posibilidades de suceso cuando está armada de una teoría bien fundamentada en la realidad, ya que el efecto que esta teoría puede ejercer es más poderoso cuando lo que lo hace a uno ver y creer está más presente, en un estado potencial, en la misma realidad. En otras palabras, una adecuada teoría de las clases teóricas (y de sus límites) lo lleva a uno a afirmar que el trabajo político dirigido a la producción de clases en la forma de instituciones objetivas, al menos expresado y constituido por órganos permanentes de representación permanente, por símbolos, acrónimos, y constituyentes, tienen su propia lógica específica, la lógica de toda producción simbólica. Y que este trabajo político de hacer-las-clases tiende a ser más efectivo cuando los agentes, cuya unidad se intenta manifestar, están lo más próximos posibles el uno del otro en el espacio social y por eso pertenecen a la misma clase teórica.

Si ellos tienen una base ocupacional como en nuestras sociedades o una base genealógica como en las sociedades pre-capitalistas, los grupos no se encuentran ya hechos en la realidad. Y aun cuando se presentan a sí mismos con ese aire de eternidad que es la marca de la historia naturalizada, son siempre el producto de un complejo trabajo de construcción histórica, como Luc Boltanski ha mostrado en el caso de la categoría típicamente francesa de los "Cadres" (ingenieros y ejecutivos, o la clase gerencial). El título del famoso libro de E.P. Thompson: *The Making of the English Working Class*, podría ser tomado casi literalmente: la clase trabajadora como nosotros la percibimos hoy día a través de las palabras usadas para nombrarla, tales como "clase trabajadora", "proletariado", "trabajadores", "fuerza de trabajo", etc., y a través de las organizaciones que supuestamente los representan, con sus acrónimos, oficinas, consejos, banderas, y así por delante, esta clase es un artefacto histórico bien construido (en el mismo sentido en que Durkheim afirmó de la religión como una "ilusión bien fundamentada"). Lo mismo es verdad para un grupo como los ancianos, sus "ciudadanos sénior", que Patrick Champagne y Remi Lenoir han mostrado ser una genuina invención histórica nacida de la acción de grupos de intereses y sancionados por confirmación legal.

Pero es la familia en sí misma, en la forma nuclear en que nosotros la conocemos hoy día, la que puede mejor ser descrita como el producto de la acción, nuevamente sancionada por arreglos legales, de una serie de agentes e instituciones, tales como lobbies en el área de planificación y políticas de la familia.

De esta manera, a pesar de que nosotros estamos ahora muy lejos de la pregunta original, podemos tratar de reconsiderar los términos en los cuales fue formulada. Las clases sociales, o más precisamente, las clases a las cuales nos referimos tácitamente cuando hablamos de clases sociales, digamos, "la clase trabajadora", existe lo suficientemente como para hacernos cuestionar o cuando menos negar su existencia, aun en las esferas académicas más seguras, solamente porque como todo tipo de agentes históricos -comenzando por los científicos sociales como Marx- han tenido éxito en transformarlo en una "categoría folclórica" que bien podría haber permanecido como una "construcción analítica", esto es, en una de esas impecables ficciones sociales reales producidas y reproducidas por la magia de la creencia social.

El momento subjetivista. Campos de fuerzas y campo de luchas: el trabajo de hacer las clases

La existencia o no existencia de clases es uno de los mayores pilares en la lucha política. Esto es suficiente para recordarnos que, como cualquier grupo, los colectivos que tienen una base económica y social, sean grupos ocupacionales o "clases", son construcciones simbólicas dirigidas a la persecución de intereses individuales o colectivos (y, sobre todo, por la persecución de intereses específicos de sus voceros). El científico social trata con un objeto que es al mismo tiempo objeto y sujeto de luchas cognitivas -luchas no solamente entre académicos, sino también entre legos- y, entre ellos, están los varios profesionales de la representación del mundo social. El científico social puede así estar tentado a establecerse como referí, capaz de juzgar con suprema autoridad entre construcciones

rivales, y excluye de su discurso teórico aquellas teorías populares, simples, sin darse cuenta que ellas son parte y parcela de la realidad y que, en cierto grado, son constitutivas de la realidad del mundo social.

Este teoricista epistemocentrista lo induce a uno a olvidar que los criterios usados en la construcción del espacio objetivo y de las clasificaciones bien fundamentadas que él hace posible, son también instrumentos -yo podría decir armas-y pilares (stakes) en la lucha por la clasificación que determina el hacer o deshacer las clasificaciones corrientemente en uso. Por ejemplo, el valor relativo de las diferentes especies de capital, económico y cultural, o entre los varios tipos de capital cultural, capital económico y cultural, o entre los varios tipos de capital cultural, capital económico-legal y capital científico, es continuamente cuestionado, reevaluado, a través de luchas cuyos objetivos son la inflación o deflación de los valores de un tipo de capital u otro. Considérese [por ejemplo], en el contexto americano, el valor relativo históricamente cambiante – al mismo tiempo económico, social y simbólico- de los títulos económicos, acciones y obligaciones, IRAs, y las credenciales educativas; y entre estos últimos, del MBA (Maestría en Administración de Negocios) versus el M.A. (Maestría en Artes) en Antropología o en Literatura comparada. Muchos criterios usados en el análisis científico como instrumentos de conocimiento, incluyendo los más neutrales y aquellos que parecen más "naturales" tales como edad y sexo, operan en la realidad práctica como esquemas clasificadores (piensen en el uso de pares tales como viejo/joven, paleo/neo, etc.). La representación que los agentes producen para alcanzar las exigencias de sus existencias diarias, y particularmente los nombres de grupos y todo el vocabulario disponible para nombrar y pensar lo social, deben su lógica específica, estrictamente práctica, al hecho de que ellos frecuentemente son polémicos e invariablemente orientados por consideraciones prácticas. Consecuentemente, las clasificaciones prácticas nunca son totalmente coherentes o lógicas en el sentido de la lógica; ellas necesariamente envuelven un grado de ajuste-desajuste, debido al hecho de que deben permanecer "prácticas" o convenientes. Debido a que una operación de clasificación depende de la función práctica que ejerce, puede estar basada en diferentes criterios, dependiendo de la situación, y puede producir taxonomías altamente variables. Por la misma razón, una clasificación puede operar en varios niveles de agregación. El nivel de agregación será más elevado cuando la clasificación es aplicada a una región más alejada en el espacio social, y por eso, menos conocida -de la misma manera que la percepción de los árboles por un individuo de la ciudad es menor (menos claro) que la percepción de un individuo rural. En suma, como los expertos (connoisseurs) que clasifican pinturas por referencia a una característica o miembro prototípico de la categoría en cuestión, en vez de escudriñar individualmente a todos los miembros de la categoría o considerar todos los criterios formales necesarios para determinar que un objeto realmente pertenece a esa categoría, los agentes sociales usan como su punto de referencia para el establecimiento de posiciones sociales las figuras típicas de una posición en el espacio social con el cual tienen familiaridad.

Uno puede y debe trascender la visión que podemos indiferentemente etiquetar como realista, objetivista o estructuralista por un lado, y la visión constructivista, subjetivista, espontaneísta, por el otro. Cualquier teoría del universo social debe incluir la representación que los agentes tienen del mundo social y, más precisamente, la contribución que hacen a la construcción de la visión de ese mundo, y en consecuencia, a la construcción real de ese mundo. Debe tomarse en consideración el trabajo simbólico de la fabricación de grupos, de hacer-los-grupos. Es a través de este trabajo de representación interminable (en el exacto sentido del término) que los agentes sociales tratan de imponer su visión del mundo o la visión de sus propias posiciones en ese mundo, y definir sus identidades sociales. Tal teoría debe tomar como verdad incontrovertible que la verdad del mundo social es objeto de luchas. Y, por la misma razón, debe reconocer que, dependiendo de su posición en el espacio social, esto es, en la distribución de las varias especies de capital, los agentes envueltos en esta lucha, están muy desigualmente armados en la lucha por imponer su verdad, y tienen objetivos muy diferentes y aun opuestos.

De esta forma, las "ideologías", "preconceptos", y teorías populares, que la ruptura objetivista había abandonado en primer lugar para construir el espacio objetivo de las posiciones

sociales, deben ser devueltos al modelo de la realidad. Este modelo debe tomar en consideración el hecho de que, contrariamente a la ilusión teoricista, el sentido del mundo social no se establece de una manera unívoca y universal; está sujeto, en su propia objetividad, a una pluralidad de visiones. La existencia de una pluralidad de visiones y divisiones que son diferentes, o aun antagónicas, es debida, por el lado "objetivo", a la indeterminación relativa de la realidad que se ofrece a la percepción. Por el lado de los sujetos percibientes, es debida a la pluralidad de los principios de visión y división disponibles en cualquier momento determinado (religioso, étnico o principios de división nacionales, por ejemplo, aptos para competir con principios políticos basados en criterios económicos o ocupacionales). También fluyen de la diversidad de puntos de vista implícitos en la diversidad de posiciones, de puntos en el espacio desde los cuales son tomadas las varias visiones. De hecho, la "realidad" social no se presenta así misma ni como completamente determinada ni como completamente indeterminada. Desde un cierto ángulo, se presenta a sí misma fuertemente estructurada, esencialmente porque el espacio social se presenta en la forma de agentes e instituciones dotados de diferentes propiedades que tienen posibilidades muy desiguales de aparecer en combinaciones; de la misma manera que los animales con plumas tienen más probabilidades de tener alas que los animales con pelos, las personas que tienen un perfecto comando de su lenguaje tienen más posibilidades de ser encontrados en los conciertos y museos que aquellos que no la tienen. En otras palabras, el espacio de diferencias objetivas (en relación al capital económico y cultural) encuentra expresión en un espacio simbólico de distinciones visibles, de signos distintivos, que son de esa manera símbolos de distinción variantes. Para los agentes dotados con las categorías de percepción pertinentes, ie., con una intuición práctica de la homología entre el espacio de signos distintivos y el espacio de posiciones, las posiciones sociales son inmediatamente discernibles a través de sus manifestaciones visibles ("ça fait intellectuel", "eso parece intelectual"). Dicho esto, la especificidad de las estrategias simbólicas y en particular, estrategias que, como blefes (bluffs) o inversiones simbólicas (el Volkswagen Beetle intelectual), usa la maestría práctica de las correspondencias entre los dos espacios para producir todo tipo de mermelada semántica, consiste en introducir, en la objetividad de las prácticas percibidas o propiedades, una forma de obscuridad semántica que obstaculiza la descifración directa de los signos sociales. Todas esas estrategias encuentran fuerza adicional en el hecho de que aun las combinaciones de propiedades más constantes y más creíbles están solamente fundadas en conexiones estadísticas y están sujetas a variaciones con el tiempo.

Sin embargo, esto no es todo. En tanto que es verdad que los principios de diferenciación que objetivamente son los más poderosos, como los capitales económico y cultural, producen diferencias claramente definidas entre agentes situados en los espacios extremos de las distribuciones, evidentemente son menos efectivos en las zonas intermediarias del espacio en cuestión. Es en estas posiciones intermedias o posiciones medias del espacio social que la indeterminación y la nebulosidad de las relaciones entre prácticas y posiciones son mayores, y que el espacio dejado en abierto para las estrategias simbólicas diseñadas para obstaculizar esta posición es más grande. Es entendible, entonces, por qué esta región del universo social proporcionó a los interaccionistas simbólicos, especialmente a Goffman, con un campo desigualmente ajustado a la observación de las varias formas de presentación de sí mismo a través del cual los agentes se esfuerzan por construir sus identidades sociales. Y nosotros debemos agregar a eso las estrategias que tienen como objetivo la manipulación de los símbolos de posición social más confiables, aquellos que los sociólogos están afanados en usarlos como indicadores, tales como la ocupación y el origen social. Este es el caso, por ejemplo, en Francia, con los instructores (instituteurs), profesores de escuela primaria, quienes se denominan a sí mismos como docentes (enseignants), lo que puede significar ser profesor de escuela secundaria o aun profesor universitario; y con los obispos e intelectuales que tienden a subinformar sus orígenes sociales, mientras que otras categorías tienden a exagerar los suyos.

Siguiendo esa misma línea, nosotros deberíamos también mencionar todas esas estrategias diseñadas para manipular relaciones de pertenencia a grupos, ya sean éstos familiares, étnicos, religiosos, políticos, ocupacionales o sexuales, para mostrarlos o esconderlos de acuerdo a intereses y funciones prácticas definidas en cada caso por la referencia a la situación concreta en mano, jugando,

de acuerdo a las necesidades del momento, con las posibilidades ofrecidas por la cualidad de ser miembros simultáneamente de una pluralidad de colectivos. (Tales estrategias tienen su equivalente, en sociedades relativamente indiferenciadas, en la manera en que los agentes juegan en y con afiliaciones genealógicas, familiares, ciánicas y tribales).

Esta manipulación simbólica de los grupos encuentra una forma paradigmática en las estrategias políticas: así, en virtud de sus posiciones objetivas situadas en el medio, entre los dos polos del espacio, situado en un estado de equilibrio inestable y vacilando entre dos alianzas opuestas-, los ocupantes de las posiciones intermediarias del campo social son objeto de clasificaciones completamente contradictorias de parte de quienes tratan, en la lucha política, de ganarlos para su lado. Los Cadres (Gerentes de alto nivel) franceses, por ejemplo, pueden ser clasificados entre las "clases enemigas" y tratados como meros "lacayos del capital", o por el contrario mezclados con las clases dominadas, como víctimas de la explotación).

En la realidad del mundo social, no hay ni límites claramente delimitados ni divisorias más absolutas, que las que hay en el mundo físico. Los límites entre las clases teóricas que la investigación científica nos permite construir sobre la base de una pluralidad de criterios son similares, para usar una metáfora de Rapoport, a los bordes de una nube o un bosque. Esos límites pueden así ser concebidos como líneas o como planos imaginarios, de tal modo que la densidad (de los árboles o del vapor del agua) es más alta en un lado y más baja en el otro, por encima de un cierto valor en un lado y por debajo del mismo valor en el otro. (De hecho, una imagen más apropiada sería aquella de una llama cuyos bordes están en constante movimiento, oscilando alrededor de una línea o superficie). Ahora, la construcción de grupos (movilizados o "movilizables"), esto es, la institucionalización de una organización permanente capaz de representarlos, tienden a inducir divisiones durables y reconocidas que, en el caso extremo, i.e. en el más alto grado de objetivación e institucionalización, podrían tomar la forma de fronteras legales. Los objetos en el mundo social siempre envuelven un cierto grado de indeterminancia y nebulosidad, y así presentan un grado definido de elasticidad semántica. Este elemento de incerteza, es el que proporciona la base para las diferentes percepciones y construcciones antagónicas que confrontan uno al otro y que pueden ser objetivizadas en la forma de instituciones durables. Uno de los mayores pilares en esa lucha es la definición de los límites entre grupos, esto es, la misma definición de los grupos que, a través de la afirmación y manifestación de ellos mismos como tales, pueden transformarse en fuerzas políticas capaces de imponer su propia visión de las divisiones, y así capaces de asegurar el triunfo de tales disposiciones e intereses, ya que están asociadas a sus posiciones en el espacio social. De esta manera, conjuntamente con la lucha individual de la vida diaria en la cual los agentes contribuyen continuamente a cambiar el mundo social esforzándose por imponer una representación de sí mismos a través de estrategias de presentación de sí propios, son propiamente las luchas políticas colectivas. En esas luchas cuyo objetivo último, es el poder de nominar, en sociedades modernas, es retenido por el Estado, i.e. el monopolio de la violencia simbólica legítima, los agentes -quienes en este caso son casi siempre especialistas, tales como políticos- luchan por imponer representaciones (e.g., demostraciones) que crean las propias cosas representadas, que los hace existir públicamente, oficialmente. Sus objetivos son transformar su propia visión del mundo social, y los principios de división en el cual están basados, en la visión oficial, en el nomos, el principio oficial de la visión y división.

Lo que está en juego en esta lucha simbólica es la imposición de la visión legítima del mundo social y sus divisiones, esto es por decir así, el poder simbólico como el poder de hacer-el-mundo, para usar las palabras de Nelson Goodman, el poder de imponer e inculcar los principios de construcción de la realidad, y particularmente para preservar o transformar los principios establecidos de unión y separación, de asociación y disociación ya operando en el mundo social tales como las clasificaciones corrientes en asuntos de género, edad, etnicidad, región o nación, esto es, esencialmente, poder sobre las palabras usadas para describir los grupos o las instituciones que los representan. Poder simbólico, cuya forma por excelencia es el poder de hacer los grupos y consagrarlos e instituirlos (en particular a través de los ritos de institución, el paradigma aquí es el

matrimonio), que consiste en el poder de hacer existir algo en forma objetivada, público, estado formal que previamente existía solamente en estado implícito, como con la constelación que, de acuerdo a Goodman, comienza a existir solamente cuando es seleccionada y designada como tal. Cuando es aplicado a un colectivo social, aun a aquel que está potencialmente definido a la manera de la nube, el poder performativo de nombrarlo, que casi siempre está asociado al poder de representación, le da existencia de forma instituida, i.e., como un ente corporativo, que hasta entonces existió solamente como una colección en serie de individuos yuxtapuestos. Aquí uno necesitaría perseguir más totalmente las implicaciones del hecho que la lucha simbólica entre agentes es, en mayor parte, llevada a cabo a través de la mediación de profesionales de la representación quienes, actuando como voceros de los grupos a cuyos servicio colocan sus competencias específicas, se confrontan uno al otro dentro de un campo cerrado, relativamente autónomo, específicamente, el campo político.

Es aquí que nosotros encontraremos de nuevo, pero en una forma completamente trasfigurada, el problema del estatuto ontológico de la clase social y, de esa manera, de todos los grupos sociales. Siguiendo a Kantorovicz, podríamos citar la reflexión de los canonistas quienes se preguntaron, como nosotros lo hacemos aquí en relación a las clases, cuál era el estatus de lo que el latín medieval llamaba corporatio, entes constituidos, "entes corporativos". En este caso, ellos concluyeron, como lo hizo Hobbes, quien a este respecto siguió la misma lógica, que el grupo representado no es otra cosa que lo que el grupo representa, o sea, el acto de su propia representación. He aquí la firma o el sello que autentica la firma, *sigillum authenticum*, del cual es derivada la palabra francesa sigle (acrónimo, logo); o más directamente, el representante, el individuo que representa al grupo en el verdadero sentido del término, quien lo concibe mentalmente y lo expresa verbalmente, lo nombra, quien actúa y habla en su nombre, quien le da una encarnación concreta, lo incorpora en su propia persona y a través de su persona; el individuo que, por hacer que el grupo sea visto, se hace ver en su lugar, y sobre todo, al hablar en su lugar, lo hace existir. (Todo esto puede ser visto cuando el líder, siendo el depositario de la creencia de todo el grupo, se transforma en objeto de culto como si el grupo se rindiese culto a sí mismo, el así llamado "culto a la personalidad"). En resumen, el significado, esto es, el grupo es identificado con el significante, el individuo, el portavoz o con la agencia, el local, el comité, o el consejo, que lo representa. Esto es lo que los mismos canonistas llamaron el misterio del "ministerio", el *mysterium del ministerium*. Este misterio puede ser resumido en dos ecuaciones: la primera, establece una equivalencia entre los mandantes y el mandato: la Iglesia es el Papa; *Satus est magistratus*; el puesto es el magistrado que lo posee, o de acuerdo a Luis XIV: "el Estado soy yo", "L'Etat c'est moi", o más todavía, el Secretario General es el Partido -que es la clase-, y así por delante. Entonces la segunda ecuación formula que la existencia confirmada del mandato implica la existencia del grupo de los mandantes. La "clase", o las "personas" (yo soy el pueblo, "je suis le peuple", dice Robespierre), o el género, o el grupo de edades -la generación-, o la Nación, o cualquier otra forma evasiva de colectivo social existe, sí y sólo si existen uno (o varios) agente(s) que puedan defender con posibilidades razonables de ser tomados en serio (contrario al idiota que se toma a sí mismo por la Nación) que ellos son la "clase", el "pueblo", la "Nación", el "Estado", y así por delante.

De esta manera para dar una breve respuesta a la cuestión planteada, podemos decir que una "clase" existe -sea social, sexual, étnica, o cualquier otra-cuando existen agentes capaces de imponerlos -como autorizados a hablar y actuar oficialmente en su lugar y en su nombre- a aquellos que -reconociéndose en esas plenipotencialidades, por reconocerse como dotados con el poder total del hablar y actuar en su nombre- se reconocen como miembros de la clase, y al hacerlo así, confieren a él la única forma de existencia que un grupo puede poseer.

Pero para que este análisis sea completo, sería necesario mostrar que esta lógica de existencia por delegación, que envuelve una desapropiación obvia, se impone más brutalmente cuando los agentes singulares quienes están por pasar de un estado de existencia serial -*collectio personarum plurium* como lo colocaron los canonistas- a un estado de grupo unificado, capaz de hablar y actuar como uno, a través de un portavoz dotado con plena *potentia agendi et loquendi*, carece de cualquier medio

individual de acción y expresión. De modo que de hecho, dependiendo de su posición en el espacio social, agentes diferentes no tienen iguales oportunidades de acceder a las diversas formas de existencia colectiva: unos están condenados a una forma de existencia disminuida, frecuentemente adquirida al costo de la desapropiación, permitido por los "movimientos" que supuestamente representan lo que llamamos en este caso clase (como en la expresión "La clase trabajadora inglesa"); los otros están igualmente para acceder a la total realización de la singularidad a través de la agregación selectiva de aquellos de igual privilegio permitidos por esos agrupamientos representados en forma ejemplar y paradigmática por el club de los selectos (tales como los círculos, las academias, los consejos de directores, o los consejos de supervisores).

En la lucha por hacer una visión del mundo universalmente conocido y reconocido, la balanza del poder depende del capital simbólico acumulado por aquellos que tienen como objetivo la imposición de las varias visiones en contienda, y en gran parte a que esas visiones estén ellas mismas enraizadas en la realidad. Por su vez esto levanta la cuestión de las condiciones bajo las cuales las visiones dominadas pueden ser constituidas y predominar. Primero, uno puede postular que una acción dirigida a la transformación del mundo social tiene todas las posibilidades de tener suceso cuando está fundamentada en la realidad. Ahora, respecto a esto, la visión de los dominados está doblemente distorcida: primero, porque las categorías de percepción que ellos usan les son impuestas por las estructuras objetivas del mundo y por eso tienden a favorecer una forma de aceptación dóxica de su orden determinado; segundo porque el dominante se esfuerza por imponer su propia visión y a desarrollar representaciones que ofrezcan una "teodicea de su privilegio". Pero el dominado tiene una superioridad (dominio) práctica, un conocimiento práctico del mundo social sobre el cual las nominaciones pueden ejercer un efecto teórico, un efecto de revelación: cuando está bien fundamentada en la realidad, la nominación implica un verdadero poder creativo. Como hemos visto con la metáfora de la constelación de Goffman, la revelación crea lo que ya existe colocándolo en un nivel diferente, he allí la maestría teórica. De este modo, el misterio del ministerio puede ejercer un verdadero efecto mágico dándole poder a la verdad: las palabras pueden hacer cosas y, participando en la simbolización objetivada de los grupos que designan, pueden hacerlos existir como grupos colectivos ya existentes, pero solamente en estado potencial.

Referencias

BOLTANSKI, Luc. 1982. *Les cadres: la formation d'un groupe social*. París, Editions de Minuit.

CHAMPAGNE, Patrick, 1979. "Jeunes agriculteurs et vieux paysans: crise de la succession et apparition du "troisième age". *Actes de la recherche en sciences sociales*, 26-27:83-107.

GOODMAN, Nelson, 1978. *Waysofworldmaking*. Indianapolis: Hackett Publishing.

HALBWACHS, Maurice, 1955y1964. *Esquisse d'une psychologie des classes sociales*. París, Librairie Mrcel Rivière.

LENOIR, Rémi, 1979. "L'Invention du troisième age' et la constitution du champ des agents de gestión de la vieillesse". *Actes de la recherche en sciences sociales*, 26-27 :57-82.

THOMPSON, E.P. 1963. *The making of the EnglishWorking Class*. Harmonsworth: Penguin Press.

Clase social y clase de trayectorias[□]

Pierre Bourdieu

Los individuos no se desplazan al azar en el espacio social, por una parte porque las fuerzas que confieren su estructura a este espacio se imponen a ellos (mediante, por ejemplo, los mecanismos objetivos de eliminación y de orientación), y por otra parte porque ellos oponen a las fuerzas del campo su propia inercia, es decir, *sus propiedades*, que pueden existir en estado incorporado -bajo la forma de disposiciones, o en estado objetivo, en los bienes, titulaciones, etc. A un volumen determinado de capital heredado corresponde un haz *de trayectorias* más o menos equiprobables que conducen a unas posiciones más o menos equivalentes -es el *campo de los posibles* objetivamente ofrecido a un agente determinado-; y el paso de una trayectoria a otra depende a menudo de acontecimientos colectivos -guerras, crisis, etc.- o individuales -ocasiones, amistades, protecciones, etc.- que comúnmente son descritos como casualidades (afortunadas o desafortunadas) aunque ellas mismas dependen estadísticamente de la posición y de las disposiciones de aquellos a quienes afectan (por ejemplo, el sentido de las "relaciones" que permite a los poseedores de un fuerte capital social conservar o aumentar este capital), cuando no están expresamente preparadas por determinadas intervenciones institucionalizadas (clubes, reuniones familiares, asociaciones de antiguos de alumnos, asociaciones de profesionales, etc.) o "espontáneas" de los individuos o de los grupos. De ello se desprende que la posición y la trayectoria individual no son estadísticamente independientes, no siendo igualmente probables todas las posiciones de llegada para todos los puntos de partida: esto implica que existe una correlación muy fuerte entre las posiciones sociales y las disposiciones de los agentes que las ocupan o, lo que viene a ser lo mismo, las trayectorias que han llevado a ocuparlas, y que, en consecuencia, la *trayectoria modal* forma parte integrante del sistema de factores constitutivos de la clase (al ser las prácticas tanto más irreducibles al efecto de la posición sincrónicamente definida cuanto más dispersas son las trayectorias, como es el caso en la pequeña burguesía).

La homogeneidad de las disposiciones asociadas a una posición y su aparentemente milagroso ajuste a las exigencias inscritas en la misma son el producto, de una parte, de los

Extraído de BOURDIEU, P. *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid, 2000 [1979], Cap: "El espacio social y sus transformaciones", Pág. 108-110.

mecanismos que orientan hacia las posiciones a unos individuos ajustados de antemano, sea porque se sienten hechos para unos puestos que a su vez son hechos para ellos -esto es la "vocación" como adhesión anticipada al destino objetivo que se impone mediante la referencia práctica a la trayectoria modal en la clase de origen-, sea porque se presentan como tales a los ocupantes de estos puestos -es la cooptación fundada en la inmediata armonía de las disposiciones y, por otra parte, de la dialéctica que se establece, a lo largo de toda una existencia, entre las disposiciones y las posiciones, entre las aspiraciones y las realizaciones. El *envejecimiento social* no es otra cosa que este lento trabajo de duelo o, se prefiere, de *desinversión* (socialmente asistida y alentada) que lleva a los agentes a ajustar sus aspiraciones a sus oportunidades objetivas, conduciéndoles así a admitir su condición, a *devenir lo que son*, a *contentarse* con lo que tienen, aunque sea esforzándose en engañarse ellos mismos sobre lo que son y sobre lo que tienen, con la complicitad colectiva, para *fabricar su propio duelo*, de todos los posibles acompañantes, abandonados poco a poco en el camino, y de todas las esperanzas reconocidas como irrealizables a fuerza de haber permanecido irrealizadas.

El carácter *estadístico* de la relación que se establece entre el capital de origen y el capital de llegada es lo que hace que no se puedan justificar por completo las prácticas con arreglo solamente a las propiedades que definen la posición en un momento dado del tiempo en el espacio social: decir que los miembros de una clase que disponen en origen de un cierto capital económico y cultural están destinados, con una probabilidad dada, a una trayectoria escolar y social que conduce a una posición dada es decir, en efecto, que una fracción de la clase (que no puede ser determinada *a priori* en los límites del sistema explicativo considerado) está destinada a desviarse con respecto a la trayectoria más frecuente para la clase en su conjunto, tomando la trayectoria, superior o inferior, con más probabilidades para los miembros de alguna otra clase, y desclasándose así por arriba o por abajo⁶. El efecto de trayectoria que se manifiesta en este caso tiene todas las posibilidades de ser mal entendido, como ocurre en todos los casos en que unos individuos que ocupan posiciones semejantes en un momento dado resultan separados por unas diferencias asociadas a la evolución, en el curso del tiempo, del volumen y de la estructura de su capital, es decir, por su *trayectoria individual*. La correlación entre una determinada práctica y el origen social (medido por la posición del padre cuyo *valor real* pudo haber sufrido una degradación oculta debida a la permanencia del *valor nominal*) es la resultante de dos efectos (del mismo sentido o no): por una parte el *efecto de inculcación* ejercido directamente por la familia o por las condiciones de existencia originales; por otra parte, el *efecto de trayectoria social* propiamente dicho⁷, es decir, el efecto que ejerce sobre las disposiciones y sobre las opiniones la experiencia de la ascensión social o de la decadencia, ya que la posición de origen no es otra cosa, en esta lógica, que el punto de partida de una trayectoria, el hito con respecto al cual se define la *pendiente* de la carrera social. Esta distinción se impone con evidencia en todos los casos en los que unos individuos originarios de la misma fracción o de la misma familia, y sometidos en consecuencia a las mismas inculcaciones morales, religiosas o políticas que pueden suponerse idénticas, se encuentran propensos a unas posturas divergentes en materia de

⁶ La orientación de estas trayectorias "desviantes" no se deja en absoluto al azar: todo parece indicar, por ejemplo, que, en caso de decadencia, los individuos originarios de profesiones liberales van más bien hacia las nuevas fracciones de las clases medias, mientras que los hijos de profesores descienden más a menudo hacia la pequeña burguesía establecida.

⁷ Este efecto es a su vez un efecto de inculcación por el hecho de que la pendiente de la trayectoria paterna contribuye a formar la experiencia imaginaria de la inserción dinámica en el universo social.

religión o política a causa de las diferentes relaciones con el mundo social que deben a unas trayectorias individuales divergentes (...)